

1 **El problema: esperpento y metáfora** Descanonizar la mimesis

Índice 1.1 Crítica esperpéntica de las verdades de oficio. – 1.2 El enfoque comparatista: marco teórico, metodología y premisas. – 1.2.1 La actitud comparatista. – 1.3 La falacia de ‘lo nacional’ o por qué no siempre «o que é nacional é bom». – 1.4 Representación, representaciones: lenguaje, metáfora, ficciones y conocimiento.

1.1 **Crítica esperpéntica de las verdades de oficio**

La plebe de todas partes se alucina con metáforas.
(*Tirano Banderas*)

Valle-Inclán puso estas palabras, en su novela *Tirano Banderas*, aquélla que el novelista paraguayo Augusto Roa Bastos consideró la fundadora del género de la novela de dictador, en boca de don Celestino Galindo, rico gachupín, «orondo, redondo, pedante [...], barroco y pomposo» (Valle-Inclán 2007, 65). Personaje que representa a la Colonia Española y sus negocios en la tan imaginaria como real Santa Fe de Tierra Firme.

Al margen de que esta afirmación pueda o no corresponder a la voz del propio Valle-Inclán, lo cual de hecho no importa, tómesese como punto de partida para una reflexión en torno a la densa red de ficciones, metáforas y modos de representación literarios, y fosilizados, con los que juega, burlona y escéptica, la estética conocida como *esperpento*.

El esperpento es una sistematización de procedimientos estilísticos, propios aunque no exclusivos, del ámbito de la representación grotesca: la animalización, la cosificación, la personificación, la literaturización... Desplazamientos o reubicaciones de unos signos en otros, de unas categorías hacia otras. En otras palabras, un proceso de descanonización de la mimesis.

El esperpento opera, por ende, en el ámbito de lo metafórico.

Sobre los esperpentos, escribió Díaz Migoyo en *Guía de Tirano Banderas* que «tanto en el relato como en el lenguaje en que se lleva a cabo tienen algo de contradictorio, de irreal, que no cuadra con nuestros hábitos de percepción» (Díaz Migoyo 1985, 137; cursiva añadida).

Efectivamente, Valle recurre a expresiones que disuelven el terror -o el respeto, que tantas veces se confunde lo uno con lo otro- del poder absoluto en lo insignificante, lo bichesco o lo risible: lo grotesco. Desde su nombre, Presidente Don *Santos Banderas*, cuyos apellidos no por plausibles son menos burlescos, y más aún combinados como aquí lo están, sobre todo por lo que implican. Lo religioso teológico y lo religioso nacionalista son las dos estructuras ideológico-simbólicas que han obligado, en nuestra poética occidental, y en las demás, a la persistencia de lo solemne, de lo épico. De la mimesis clásica, al fin y al cabo. Y *contra* los cuales actúa, sistemáticamente, la representación grotesca, esperpéntica. Por ejemplo, «banderas españolas decoraban sobre pulperías y casas de empeño» (Valle-Inclán 2007, 195). Pulpos (animal estupendo para la mimesis grotesca, por su distancia respecto a lo humano, que sin embargo mantiene inmensas posibilidades de analogía: tiene visión, inteligencia, tentáculos como brazos de guiñol...) y usureros (la banca, a la luz de la ideología anticapitalista y libertaria de aquel Valle de los años veinte). El contraste entre esta especie tan gastronómica y la pompa de las banderas es, en suma, esperpéntico. Es esto el esperpento: el contraste entre lo solemne y lo viscoso. La representación esperpéntica del tirano, a su vez, lo extiende y disuelve en su voz, deshumanizada en «una cacaña de gallos» (Valle-Inclán 2007, 43), que es «siempre el garabato de un lechuzo» (36), «momia taciturna» (37), que tiene «el prestigio de un pájaro nocharniago» (37), «de pájaro sagrado» (44), se mueve «con paso de rata fisgona» (55) y «olisca de rata fisgona» (572).

Repárese en la representación de otro personaje que representa al poder, aquí en contexto poscolonial. Es la máxima autoridad de la ex metrópoli, la ‘madre patria’, España, en la ex colonia o neocolonia (a duras penas imaginaria) de Santa Fe de Tierra Firme:

El barón de Benicarlés, Ministro Plenipotenciario de Su Majestad Católica, también proyectaba un misterio galante y malsano, como aquella virreina que se miraba en el espejo de su jardín, con un ensueño de lujuria en la frente. El Excelentísimo Señor Don Mariano Isabel Cristino Queralt y Roca de Togores, Barón de Benicar-

lés y Maestrante de Ronda, tenía la voz de cotorróna y el pisar de bailarín. Lucio, grandote, abobalicado, muy propicio al cuchicheo y al chismorreo, rezumaba falsas melodiosidades. (45)

El esperpento, anclado en el terreno firme de lo común pero deconstruyendo los pilares culturales de éste, reubica la metáfora habitual y busca con ello el extrañamiento crítico. Un conjunto de mecanismos dirigidos a desmontar las ficciones asentadas como verdades: las ficciones fosilizadas como ‘verdades’, y con valor operativo y de identidad, por los poderes públicos, privados, individuales, colectivos.

Nietzsche, en *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*, escribió que:

¿Qué es entonces la verdad? Una hueste en movimiento de metáforas, metonimias, antropomorfismos, en resumidas cuentas una suma de relaciones humanas que han sido realizadas, extrapoladas y adornadas poética y retóricamente y que, después de un prolongado uso, un pueblo considera firmes, canónicas y vinculantes; las verdades son ilusiones de las que se ha olvidado que lo son; metáforas que se han vuelto gastadas y sin fuerza sensible [...] el hombre se olvida de que su situación es ésta: por tanto, miente de la manera señalada inconscientemente y en virtud de hábitos seculares -y precisamente en virtud de esta inconsciencia, precisamente en virtud de este olvido, adquiere el sentimiento de la verdad. (Nietzsche 2012, 28)

Nietzsche atribuía una función biológica al fingimiento: «El intelecto, como medio de conservación del individuo, desarrolla sus fuerzas principales fingiendo» (23). Esto es, ficcionalizando (algunos dirían mintiendo, aunque no haya sinonimia entre ambos verbos).

Destaquemos, pues, la naturaleza metafórica-ficcional de toda representación de lo real, la ilusión de veracidad desarrollada a partir de esas representaciones metafóricas. Como ejemplos, y considerando su actualidad e importancia en nuestra área de trabajo, aprovecho para comentar la metafóricidad de algunos conceptos recurrentes en el área del hispanismo, como el mismo término ‘hispanismo’, ‘hispanico’ o ‘hispano’, o ‘ibérico’, o ‘lusitanista’.

Así, empiezo por poner en duda el rigor científico del término ‘hispanismo’. Algo en línea de lo que hiciera Jorge Volpi, al desmontar el concepto de la ‘América Latina’, en *El insomnio de Bolívar* (2009). Las tradiciones mítico-metafóricas de las filologías con las que nos topamos por doquier, y supongo que no sea ajena a aquellas ninguna zona de la geografía occidental (de otras no hablo por puro desconocimiento, pero sospecho que también). Lusitanismo, hispanismo, *American literature*... Y qué eficazmente se ha impuesto en casi todos

los idiomas la asimilación de Estados Unidos de América a *América*, tal como se hace en España con el hispanismo, o como se hace con el sustantivo adjetivo ‘árabe’, tan inexacto al incluir, en él, a tantos y diversos grupos humanos –desde musulmanes, árabes o no, hasta ateos o agnósticos de países de confesión oficial (de oficio) islámica.

¿Es esto buscarle tres pies al gato? ¿Sirve para algo buscarle tres pies al gato, aparte de recrearnos con lo ingenioso de esta lewisca-rrolliana expresión? Es, ante todo, una cuestión de dignidad intelectual y de asumir las consecuencias de la primera palabra de la expresión ‘Ciencias sociales y humanas’: esto es: ciencia como conocimiento de lo humano. Desenmascarar, por ejemplo, metáforas como la que subyace al concepto de ‘hispanismo’, o la abusiva, aunque ingenua, transposición metonímica de un concepto geográfico simple, como ‘península’, al político cultural, siempre complejo, de ‘España’. Proceso en el que, por cierto, se soslaya la existencia de una realidad portuguesa. No: ni España es Hispania, ni España es la Península. De perogrullo, quizá: pero son expresiones que emanan incesantemente de las fuentes académicas y que, con la autoridad que ello les –nos– proporciona, sirve para todo tipo de sopas identitarias en las mesas y en los platos de quienes organizan y cocinan a la gente; perdón por el lapsus: *con* la gente, *para* la gente (digamos). Que Claudio Sánchez-Albornoz u otros hayan mantenido que es legítimo e incluso un acto de fe en la esencia patria la inclusión, por ejemplo, del romano latinísimo Séneca, quien es de suponer que no dominaba el castellano (en aquel su siglo I d.C.), en una imaginaria tradición intelectual ‘española’, o ver en las pinturas rupestres de Altamira arte ‘español’, no convierte estas falacias historiográficas y filológicas en asociaciones conceptuales válidas.

Ello, por muchas páginas que se hayan urdido en apoyo de dichas *estructuras de representación*, y que se revela en afirmaciones épicas (y algo futboleras) como esta de que

ningún pueblo europeo ha llevado a cabo una aventura tan dilatada y tan monocrorde como la que implicó la reconquista y la repoblación del solar nacional [...] Ninguno ha presenciado los continuos y colosales trasiegos humanos que en la Península fueron precisos para repoblar al país ganado al enemigo [...] ¡Extraña historia la de España! (Sánchez-Albornoz 1976, 15)

Pero, ¿por qué «extraña»? O mejor: ¿acaso más o menos extraña que cualquier otra historia nacional? Sin embargo, como se dice en el *Tirano Banderas*, «la plebe de todas partes se alucina con metáforas» (Valle-Inclán 2007, 65). No sólo «la plebe», como se ve. Y la metáfora de la nación, de lo nacional, es de las más exitosas en estos últimos dos siglos. Muy rentable desde el punto de vista evolutivo, tribalmente exitosa. Olor de multitudes, de las masas. Éxito de ventas

y adhesiones, en la paz como en la guerra, en el turismo como en los bombardeos.

O cuando Julián Marías, en *España inteligible* (1985), mantenía, sin las debidas reservas que cabría suponerle a su merecidísimo prestigio, la romántica conexión entre historia, pueblo y drama, o lo que es semejante, teatro trágico:

lo más sorprendente [de] España, es la extremada coherencia de su historia. Los actos del drama en que consiste se encadenan con la libre necesidad propia de lo humano. Será difícil encontrar un pueblo en que sea más transparente y explícito el proyecto histórico que lo ha constituido, con mayor constancia, durante siglos y siglos. (Marías 1985, 396)

Los modos de representación de la épica y de la tragedia –metáforas desarrolladas en narraciones– han servido siempre para educar (formar, conducir) identidades –memorias– históricas. Identidades que tienden a ser colectivas, con la consiguiente devaluación simbólica del individuo. O incluso con la supresión simbólica del individuo: como ocurre con la ficción del ‘pueblo’, la cual lo es en tanto generalización que incluye a todos los individuos, ya desindividualizados y reagrupados en conformidad a esquemas ideológicos de uno u otro signo, subsidiarios de uno u otro gremio: con toda la flexibilidad de los conceptos-comodín, como Dios, el alma u otros.

Representaciones de la historia que oscilan entre la voluntad poética irresoluble y el encaje en paradigmas narrativos de unos fenómenos que podrían, siempre, representarse de una u otra manera, solemne aunque también grotesca, como en el esperpento, pero que se imponen, desde el poder, como absolutos, definitivos, sólidos y coherentes. Lusitanismo, hispanismo, América: metáforas candidas, inocentes y que no conllevan necesariamente mala fe, pero cuya vigencia, en última instancia, defenderá, cuando se estime oportuno, la «parteira mão castrense» (Lobo Antunes 2006, 50).

Ortega decía, en *La deshumanización del arte* (1925), que «la metáfora escamotea un objeto enmascarándolo con otro, y no tendría sentido si no viéramos bajo ella un instinto que induce al hombre a evitar realidades» (1983a, 373). Antes (1914), en nota a su *Ensayo de estética a manera de prólogo*, «La metáfora [...] consiste en la transposición de una cosa desde su lugar real a su lugar sentimental», que «la palabra metáfora –transferencia, transposición– indica etimológicamente la posición de una cosa en el lugar de otra», que «consiste en la transposición de una cosa desde su lugar real a su lugar sentimental» (1983b, 261).

Y son inexpugnables los sentimientos, ya lo sabemos. Como los que están bajo la conceptualización mítico-histórica de Hispania=España o de la operación sinonímica de Península=Iberia,

Iberia=España=castellano. Ficcionalización de lo múltiple, simplificación, representación metafórica. Como puro ejemplo, piénsese en la actual dialéctica *catalanoespañola*, en la que se elaboran y van adensándose las metáforas y las ficcionalizaciones, que se repiten y fosilizan, hasta ganar facticidad –naturalización de los conceptos culturales. Ello, lo sabemos, mueve a las montañas y a las masas. Ficcionalización de lo múltiple, simplificación, representación metafórica. Lengua por pueblo, pueblo por raza, raza por nación, nación por fe, fe por credos dietéticos.

Escribió, Ortega también, en *La deshumanización del arte* (1983a, 373) que «la metáfora escamotea un objeto enmascarándolo con otro, y no tendría sentido si no viéramos bajo ella un instinto que induce al hombre a evitar realidades».

Sea como fuere, evoco las palabras acertadísimas –a propósito de Nietzsche– de Pavel Kouba, en traducción del checo al castellano de Juan Sánchez Fernández:

La abstracción científica desea penetrar la realidad del mundo verdadero mediante la superación de la multiplicidad de significados del mundo natural; se construye a partir de un conocimiento común y participable (para Nietzsche, ‘gregario’), agudiza el proceso de esquematización comenzado por el lenguaje y trabaja en la construcción de un código simbólico generalmente válido y público, una descripción con la cual todos puedan coincidir. (Kouba 2009, 289)

Pero, ¿cómo desmontar las falacias derivadas de metáforas estructurales en las que se apoya la legitimidad y aceptación de los sistemas de poder?

El esperpento, grotesco y nihilista, se burla del sistema de representación de un sistema ideológico compartido por señores y esclavos, lobos y corderos, explotados y explotadores, los de arriba y los de abajo (y los de en medio). Puesto que todo conocimiento es representación y tiende a la metáfora, Valle busca desenmascarar el lugar común en el cual la fosilización de lo metafórico, de la metonimia y la sinécdoque sirve como mecanismo de adoctrinamiento y control del individuo masificado, metaforizado. Valle-Inclán, en la sexta parte de *Tirano Banderas*, reintroduce al «Ministro Plenipotenciario de su Majestad Católica en Santa Fe de Tierra Firme, Barón de Benicarlés y Caballero Maestrante, condecorado con más lilailos que borrico cañí» (2007, 184), «perfumado, maquillado, decorado» (195), caricatura paródica de las decadentes élites burguesas que habían bebido del arte modernista finisecular, aquellos ensueños exóticos y refinados de las *Sonatas* o de las *Prosas Profanas* de Rubén Darío. Y que decoran bibliotecas nacionales, academias (republicanas o aristocráticas), ayuntamientos, *paços dos concelhos*. Valle, con su deconstrucción

esperpéntica –a través del lenguaje y forzando los límites de la representación de entonces (y de la de ahora)–, labor a la que podríamos llamar representación nihilista, puso en tela de juicio la metáfora tote-mizada al servicio de las estructuras de poder. Sin gran éxito, a la luz de la permanencia y de la fuerza que han tenido los procedimientos metafóricos (ficcionalizantes), en las filologías y en la historiografía.

Fingimientos más o menos imaginativos que configuran, al fin y al cabo, ‘verdades’ colectivas. Para analizar con qué elementos y en qué formas estas se construyen (y se deconstruyen) en los textos literarios que constituyen nuestro *corpus*, recurramos a conceptos y procedimientos que nos ofrecen teorías, métodos, modelos de los estudios comparatistas. La próxima sección se destina a reforzar y ramificar esta refutación de *lo nacional*. Con ello se desea, modesta pero firmemente, contribuir a un debate cuya conveniencia –en todos los niveles de enseñanza– la respaldan las evidencias ya mencionadas. Y aún a sabiendas de que, desde estructuras estatales o protoestatales, pudieran no ser gratamente acogidas ciertas problematizaciones.

1.2 El enfoque comparatista: marco teórico, metodología y premisas

1.2.1 La actitud comparatista

...construir um objecto científico é, antes de mais e sobretudo, romper com o senso comum, quer dizer, com representações partilhadas por todos, quer se trate dos simples lugares-comuns da existência vulgar, quer se trate das representações oficiais, frequentemente inscritas nas instituições, logo, ao mesmo tempo na objectividade das organizações sociais e nos cérebros. (Bourdieu 2011, 34)

Con décadas de andadura cuenta la perspectiva comparatista –o comparada¹– al servicio del análisis y la interpretación de la literatura como conjunto de fenómenos *científicamente* observables e interpretables: como sabemos, cuenta ya con, al menos, dos siglos de historia como disciplina concreta de las ciencias sociales y humanas o, como escribe Helena Buescu, como «modo disciplinar específico» (2001, 5). Este sistema metodológico presenta ventajas con relación a otras metodologías. Quisiera, por ello, exponer argumentos para dicha elección, además de indicar los procedimientos que subyacen a

¹ Quizá la expresión ‘estudios literarios comparatistas’ sea mejor que el más extendido de literatura comparada. Sin embargo, como se trata de una cuestión más terminológica que conceptual y que además representa un dilema aún en proceso abierto, acéptese de momento la equivalencia absoluta de ambos términos.

este análisis de *As Naus*, de António Lobo Antunes, a partir de la novela grotesco-esperpéntica *Tirano Banderas*, de Ramón del Valle-Inclán. Expandiendo la cita de la comparatista:

a literatura comparada parece poder surgir como espaço reflexivo privilegiado para a tomada de consciência do carácter histórico, teórico e cultural do fenómeno literário, quer insistindo em aproximações caracterizadas por fenómenos transtemporais e supra-nacionais quer acentuando uma dimensão especificamente cultural, visível por exemplo em áreas como os estudos de tradução ou os estudos intersemióticos [...] uma tendência multidisciplinar (e mesmo eventualmente interdisciplinar); uma tendência interdiscursiva, visível no desenvolvimento das relações com áreas como a história, a filosofia, a sociologia e a antropologia; finalmente, uma tendência intersemiótica, que tenta colocar o fenómeno literário no quadro mais lato das manifestações artísticas humanas. (Buescu 2001, 14)

Merecerá la atención más especial esta acotación semántica que acopla las «manifestações artísticas» al atributo de lo humano. Queda en el aire, con ello, y aunque entre líneas, la sugerencia o la invitación a imaginarnos manifestaciones o modos de expresión artísticos no humanos. Con ello, se abriría el camino a posibles comparatismos interzoológicos y por tanto se admitiría, al menos hipotéticamente, una explicación zoológica de las artes. Se trata de una perspectiva que creo que resulta sumamente atractiva y con la cual hay sintonía. No olvido ni quiero prescindir de la animalidad de lo humano, y el comparatismo de mi ensayo se coordina con un modelo darwiniano de las convergencias y divergencias culturales en cuyo seno se nos presenta, con función estructural, la lengua y, por lo tanto, la literatura. Como escribió el antropólogo Bronislaw Malinowski, en *Uma teoria científica da cultura*, cuya traducción brasileña citamos:

Temos de basear a nossa teoria da cultura no fato de que todos os seres humanos pertencem a uma espécie animal [...] Por «natureza humana», portanto, exprimimos o determinismo biológico que impõe a toda civilização e a todos os indivíduos a realização de funções corporais tais como respirar, dormir, repousar, nutrir-se, excretar e reproduzir. ([1941] 1970, 76)

Espúrea especulación, a modo de inciso: ¿Podrían, algún día, nuestros *parientes* biológicos –chimpancés, bonobos, gorilas y demás primates– crear palabras, códigos verbales, mitos, dioses? Al margen de que unos defendamos que sí y a otros les parezca absurda esta idea, no siendo ni los unos ni los otros futurólogos o adivinos, con ella solamente queremos plantear un extremo de las premisas

universalizantes de aquello que estaría por detrás o en la base del fenómeno literario. Hay demasiadas analogías entre el pronombre simplificador, reductor, ‘nosotros’ (y ‘nosotras’), el *sapiens*, el *faber* y el *ludens*, y ‘ellos’ (y ‘ellas’): chimpancés, bonobos y bonobas, etc. En el amor, como en la guerra, la experiencia simbólica –y su función identitaria, grupal– no es exclusiva de ‘lo humano’. Y los fenómenos culturales, como lo son, por supuesto, las artes, cumplen funciones como las relacionadas con la supervivencia, colaboraciones y dominios de unos miembros del grupo respecto a otros miembros de ese mismo –o de otro– grupo: colmenas, manadas, comunidades, tribus.² O, en los actuales términos humanos, ‘naciones’. Las culturas, esto es, lenguas y melodías, indisociable lo uno de lo otro, narraciones, míticas o no, signos icónicos, las costumbres, las prácticas económicas, etc. Coordinar la biología y la antropología con los estudios literarios tiene un sentido necesario y el comparatismo es su ámbito lógico. Lo cual lleva a, en la medida de lo posible, intentar ‘desnacionalizar’ el fenómeno literario.

Se ha tendido a estudiar la literatura como ‘literaturas’: española, portuguesa, catalana, inglesa, etc. Y posteriormente con denominaciones o clasificatorias más políticamente y –sobre todo– más miticamente correctas, como las de las letras hispánicas, las literaturas lusófonas, la francofonía... Quizá políticamente más correctas, aunque no más rigurosas en cuanto a su científicidad, pues mantiene el criterio estrictamente monolingüe: ignorando, o pretendiendo hacerlo, que en cualquier obra escrita en la lengua que fuere (en el caso del castellano tomemos por ejemplo el *Quijote*, o en el portugués, *Os Lusíadas*, obra canonizada en la cúspide del nacionalismo portugués) confluyen obras previas –o contemporáneas– transnacionales. En los dos ejemplos ‘nacionales’ mencionados, se entrelazan obras escritas en latín, griego, catalán, castellano o portugués del siglo XIV... Y sin tener en cuenta la cantidad de traducciones que funcionaron, en los actos formativos de lectura y escritura de los futuros autores, como

² Véase, por ejemplo, este estudio de 2015-16, publicado en la revista *Nature*, sobre el aprendizaje y diferenciación cultural entre las orcas: «Analysing population genomic data from killer whale ecotypes, which we estimate have globally radiated within less than 250,000 years, we show that genetic structuring including the segregation of potentially functional alleles is associated with socially inherited ecological niche. Reconstruction of ancestral demographic history revealed bottlenecks during founder events, likely promoting ecological divergence and genetic drift resulting in a wide range of genome-wide differentiation between pairs of allopatric and sympatric ecotypes. Functional enrichment analyses provided evidence for regional genomic divergence associated with habitat, dietary preferences and post-zygotic reproductive isolation. Our findings are consistent with expansion of small founder groups into novel niches by an initial plastic behavioural response, perpetuated by social learning imposing an altered natural selection regime. The study constitutes an important step towards an understanding of the complex interaction between demographic history, culture, ecological adaptation and evolution at the genomic level» (Foote et al. 2016).

auténticos originales. Ignorándose, o queriendo hacerlo, además, el hecho indiscutible –científico, en la medida de lo posible– de que ni el castellano-español fue lengua de la histórica Hispania –provincia romana– y que ni Séneca ni Isidoro de Sevilla escribieron en castellano, ni en portugués conducía a sus camaradas de armas lusitanas Viriato. Quien tampoco conocía la aún inexistente lengua española, a pesar de ser hispano... lusitano. Y gracias a ello cuenta con calles, rúas o plazas en casi todo Portugal y la más reciente monarquía española.

Pero se metaforiza, por doquier –y se fosiliza, primero, y canoniza, después– la metáfora. Consciente o inconscientemente, se ficcionaliza ‘lo real’. Este ensayo mantendrá una actitud constantemente comparatista ante conceptos y utillajes teóricos heredados, independientemente de lo asentados que puedan estar en las ciencias sociales y humanas. Se contrapondrá a los lugares comunes todo el escepticismo necesario para poder aproximarnos al ideal científico del rigor: datos, fechas, conceptos.

Es realista pensar que la recepción de este enfoque escéptico y crítico ante las identidades nacionales se restringirá a ámbitos muy cerrados y que no saldrá ‘a correr mundo’, un mundo en el que las estructuras de identidad ficcionales, como lo divino o lo nacional (variante moderna, lo segundo, de lo primero), tienen una potencia innegable. Variante de lo primero, además de su refuerzo complementario. Atiéndase, por ejemplo, a las continuas guerras de religión o de banderas, en lejanos y sempiternos cercanos orientes y occidentes, nortes y sures: desde la cruzada nacionalcatólica de 1936 hasta los Balcanes de los años noventa, desde el combate por la educación en nuestras democracias libres y occidentales hasta las guerras genocidas de variopintos yihadismos.

Supongo que tal deconstrucción conceptual resultará extraña en este mundo y entre esta humanidad de hoy y de siempre. Sin embargo, es una perspectiva que se basa en una consideración de lo artístico como producto característico de lo humano en tanto especie animal, y que por lo tanto atañe a unos y a otros humanos independientemente y más allá, o previamente, incluso, de contingencias como el idioma o las identidades nacional-tribales.

Como escribió Buescu, «a literatura comparada se situa na área particularmente sensível da *fronteira* entre nações, línguas, discursos, práticas artísticas, problemas e conformações culturais» (2001, 14). Área que nos afecta a quienes estudiamos y, más importante aún, a quienes además ejercemos la docencia para la lectura y la traducción de textos creados desde tradiciones lingüísticas creadas en la Península Ibérica, como lo son la española-castellana, la gallega, la catalana o la portuguesa, y cuya articulación respectiva resulta, tantas veces, no sólo oportuna científicamente sino incluso necesaria.

Sin embargo, tanto los *curricula* como las divisiones departamentales de las universidades, aunque muchas veces asuman enfoques

comparatistas, raramente llevan a sus últimas consecuencias la desnacionalización del estudio de la literatura que, personalmente, y todo este primer capítulo teórico a ello se dirige, insisto en que habría de asumirse. Porque tal como para interpretar la interminable diversidad del mundo natural es indiscutiblemente preferible optar por el modelo evolucionista postdarwiniano que por el modelo creacionista religioso, o como para la astrofísica sonaría a loco de andar quien defendiera el regreso al geocentrismo, también es más adecuado, en los estudios literarios, preferir modelos comparatistas a aquellos que siguen paradigmas nacionales. En 1993, Bassnett escribió las siguientes palabras, citando aquellas otras reflexiones, agudísimas, de Matthew Arnold:

that comparative literature involves the study of texts across cultures, that it is interdisciplinary and that it is concerned with patterns of connection in literatures across both time and space. [...] some readers may simply be following the view propounded by Matthew Arnold in his Inaugural Lecture at Oxford in 1857 when he said:

Everywhere there is connection, everywhere there is illustration. No single event, no single literature is adequately comprehended except in relation to other events, to other literatures.

It could almost be argued that anyone who has an interest in books embarks on the road towards what might be termed comparative literature: reading Chaucer, we come across Boccaccio; we can trace Shakespeare's source materials through Latin, French, Spanish and Italian; we can study the ways in which Romanticism developed across Europe in a similar moment in time [...]. (Bassnett 1993, 1)

En toda obra de arte confluyen otras obras, idiomas y tradiciones múltiples. Los ideales o deseos de idiomas puros, de culturas puras, de gastronomías puras, de etcéteras puros cualesquiera chocan con esta consideración: la *pureza* es una metáfora-ficción transferida desde el vocabulario de la química y fosilizada como *verdad* por su uso común (en la cuarta sección de este primer capítulo se relaciona la metáfora con los sistemas de representación y es de ahí de donde se partirá para llegar a definir una propuesta teórica en torno a lo grotesco). Y, sin embargo, la *pureza* (formal, doctrinaria, temática, gastronómica, racial), es uno de los conceptos estructurales del sistema de representación nacional - de cualquier nación- al cual los estudios literarios nos subordinamos. Cabría añadir la descoordinación entre los niveles de enseñanza básico, secundario y superior. Pero esto, que no es harina de otro costal, será materia de reflexión en otro momento. Vuélvase al razonamiento principal.

No cabe distinguir, por lo previamente aducido, entre lo 'nacional' o lo 'nacionalista', pues lo primero presupone lo segundo, tal como la

teología presupone la existencia de Dios: antes de acometer esfuerzos dialécticos en torno a la supuesta existencia de Dios, se asume que éste existe: sin esta asunción, acto de fe *strictu sensu*, no cabrían los estudios teológicos. Mas... ¿y si no existiera Dios, hipótesis más que plausible? Pues lo mismo ocurre con el nacionalismo. Para distinguir unas características nacionales de otras hay que crear previamente sistemas diferenciadores, y 'creyendo' en estos, al naturalizar los sistemas de representación nacionalista, se presupone la existencia de naciones en términos naturales, objetivos. Naturalización o esencialización más que discutible e incluso rechazable desde la perspectiva científica, como también se verá más adelante.

Wellek y Warren ([1948] 1959), con quienes dialoga Bassnett en su ya citado clásico, advertían al respecto en su *Theory of Literature*, importante obra publicada apenas un año después del final de la Segunda Guerra Mundial, la nunca suficientemente recordada de Hiroshima, Nagasaki, aquella de las cámaras de gas, de gulags y dictaduras nacionalcatólicas y de *Estados Novos*. Con sus respectivos campos de concentración y destrucción sistemática de los derechos humanos, aquella guerra en la que unas u otras naciones, tras haberlo hecho en 1914 y en 1936, bombardearon indiscriminadamente a las poblaciones civiles de unas u otras naciones:

El gran argumento a favor del término «literatura comparada» o «general», o simplemente «literatura» sin más, es la falsedad evidente de la idea de una literatura nacional concluida en sí misma. La literatura occidental, por lo menos, forma una unidad, un todo: no cabe poner en duda la continuidad entre las literaturas griega y latina, el mundo medieval occidental y las principales literaturas modernas; y sin menospreciar la importancia de las influencias orientales, sobre todo la de la Biblia, hay que reconocer la íntima unidad que comprende a toda Europa, a Rusia, los Estados Unidos y las literaturas hispanoamericanas [...] la literatura es una, como el arte y la humanidad son unos, y en esta concepción estriba el futuro de los estudios histórico-literarios. (2004, 61-2)

A su vez, Marius-François Guyard formulaba la cuestión de que «tout spécialiste d'une littérature nationale sait bien que dans sa spécialité même les éclairages comparatistes sont indispensables: comment parler des *Contemplations* sans évoquer Virgile et Dante, ou de Malraux en ignorant Nietzsche et les poèmes sacrés de l'Inde?» (1989, 4).

Reitero que el objetivo de estas páginas introductorias es presentar los argumentos y las razones del comparatismo, no sólo como metodología sino como actitud científica más correcta. Algunos vectores de dicho razonamiento se irán expandiendo a lo largo de la tercera sección de este primer capítulo: cognitivos, lingüísticos, biológicos,

antropológicos, sociológicos, políticos. Imposible será profundizar en todo ello: aunque debe quedar claro que son esas las vigas de mi argumentación, de mi interpretación. El andamiaje. Pero antes de ello, y a continuación, enfóquense los conceptos clave del comparatismo que servirán para enmarcar o explicar la afinidad de obras como *Tirano Banderas* (1920-27) y *As Naus* (1988).

Para enumerarlos sumariamente, son los conceptos de poligénesis, de invariantes literarias y la teoría de los polisistemas, que confluyen en el concepto mayor de geoliteratura, el cual se opondrá, y como superación de éste, al de 'literaturas nacionales'.

1.3 La falacia de 'lo nacional' o por qué no siempre «o que é nacional é bom»³

Se toma, comúnmente, lo 'nacional' como algo natural, sin cuestionarlo -actitud que, inequívocamente, forma parte de cualquier inicio de proceso de construcción del conocimiento del área que fuere. Sin embargo, se nos impone aquí la obligación de cuestionar y problematizar permanentemente.

Por ello, creo que debemos, en este punto, ver las contribuciones de algunos autores en torno a este concepto. Se entiende que se trata de un asunto delicado, pues entra en la esfera de las creencias individuales y colectivas (esfera en la que las facultades racionales tienden a diluirse).

En primer lugar, ya que la perspectiva elegida aquí es el método comparatista, parece importante aclarar el lugar 'de frontera' al que dicha perspectiva obliga, incluso en la relación entre literatura y las demás artes y ciencias. De hecho, como ya enfatiqué, restringir la literatura a límites político-geográficos -construcciones territoriales basadas en relaciones de dominio, más militares que culturales- será, como mínimo, falaz.

Según Helena Buescu:

A ideia de comparatismo [...], simultaneamente de *enraizamento e separação*, parece-me ser ainda hoje aquela que nos ajuda a configurar, não apenas o que a disciplina pode ser nela mesma, mas ainda aquilo que ela pode ser *no concerto* das humanidades. Em primeiro lugar, porque é a perspectiva comparatista que autoriza a compreensão da centralidade do literário para além do papel político que lhe foi atribuído, de forma a meu ver demasiado

³ Texto publicado, con variaciones, en la *Revista de Cultura e Ideias* (vol. 37, 2018) dedicada al ensayista brasileño Silviano Santiago, del Centro de Humanidades de la Facultad de Ciências Sociais e Humanas de la Universidade Nova de Lisboa, con el título de «Fronteras conceptuales, vallas mentales» (Santa María de Abreu 2018a).

restritiva, na consolidação de uma ideologia de base nacional. Em segundo lugar, porque é também por essa perspectiva comparatista que podemos alcançar a extensão e a compreensão cultural que se cristaliza no património literário, considerado como arquivo de diferenças capazes de falar àquilo que hoje somos. Finalmente, porque a tensão comparatista que Cláudio [sic] Guillén (1985) caracterizava como a consciência da tensão entre a percepção da singularidade e a consciência integradora [...] volta a dar visibilidade aos lugares de fronteira como lugares de vibrátil permeabilidade, geográfica, histórica, política ou simbólica. (2013, 22-3)

Queda clara una de las dimensiones más problemáticas de los estudios literarios y, en concreto, del comparatismo: el de la construcción y deconstrucción de los paradigmas nacionales en los que se enmarcan –y enjuician– los fenómenos literarios. Léase cómo Fernando Cabo Aseguinolaza, en su *Historia de la literatura española*, volumen 9 *El lugar de la literatura española*, intenta la empresa de resolución de un problema de imprecisión conceptual que, a mi juicio y como se ha avanzado previamente, lastra las filologías o los estudios culturales peninsulares (esto es, ibéricos) en general: el uso confusamente sinónimo de los términos hispano/hispanismo, ibérico/peninsular, español/estatal/castellano (etc.).

Hay otra forma de aproximarse a la noción de literatura nacional, que no la entiende como emanación prístina de un espíritu nacional ni se retrotrae a un proceso de formación ligado, de modo genérico, a la modernidad. Centra su atención en un período más próximo, cuando, en efecto, la acuñación *literatura nacional* adquiere carta de naturaleza y se vuelve uno de los elementos que informan la estructura cultural e ideológica de los modernos estados liberales en la Europa decimonónica. Su impulso procede, claro que con antecedentes nada despreciables, de las formulaciones románticas en este sentido y ahora por primera vez se convierte en objeto de enseñanza y debate públicos, en expresión visible de una identidad y una legitimidad vinculada a estas formaciones estatales. Comienzan entonces las historias literarias a establecer las delimitaciones y la trama de continuidad que definen las respectivas literaturas. Es una fase de institucionalización rigurosa, lo que implica un sostenido proceso de selección canónica y de introducción de la literatura, concebida como tradición histórica nacional, en la enseñanza reglada. En este contexto puede hablarse de la invención de la literatura nacional, en el sentido de una construcción intelectual e ideológica [...] y proyecta sobre el pasado una pauta hermenéutica en busca de reconocer en la historia literaria las señas de identidad de la nación. (Cabo Aseguinolaza 2012, 15)

Como leemos en estas las palabras de Fernando Cabo Aseguinolaza, primer coordinador del proyecto de historia comparada de las literaturas en la Península Ibérica, la invención de la literatura nacional es una construcción que sirve a otros propósitos, extraliterarios diríase.⁴ La instrumentalización de la literatura a través de la construcción de historias literarias basadas en 'literaturas nacionales' establecidas por historiadores, necesariamente bajo una u otras orientaciones ideológicas, fue un instrumento -sigue siéndolo- de legitimación de la llamada identidad de las naciones. Recuérdese, por ejemplo, lo que hicieron los decimonónicos Almeida Garrett, en Portugal, o en España Amador de los Ríos, con su *Historia Crítica de la Literatura Española*, al apoyar sus programas políticos con un corpus seleccionado e interpretado a partir de las premisas ideológicas de los mismos.

Según Helena Buescu:

No entanto, se é verdade que ela, a literatura, funcionou em determinada conjuntura histórica como projecção de uma certa comunidade imaginada que ajudou a cimentar o processo político e ideológico da construção das nações [...] o certo é que julgo empobrecedor reduzir a literatura a tal movimento - ignorando assim outras formas poderosas pelas quais a cultura humana nela se cristaliza, enquanto constelação transmissível a todos os que também imaginamos como nossos contemporâneos e nossos vindouros. (2013, 14)

Como puede comprobarse, es más que discutible desde cierta seriedad científica el proceso de nacionalización de las obras literarias y por ende el mismo concepto de 'literatura nacional'. No sólo por lo problemático del concepto de 'nación', por todos sus aspectos míticos y ficcionales que, en principio, se oponen a una epistemología científica que busque el rigor de la actividad racional. No sólo porque el actual paradigma nacional-nacionalista, que con algunos matices es aún el decimonónico, romántico-positivista, y plantee demasiasdas aporías irresolubles a la luz de los conocimientos antropológico,

⁴ Leemos en el texto de presentación del primer volumen de esta ambiciosa obra que «this two-volume history distances itself from traditional histories built around periods and movements, and explores, from a comparative viewpoint, a space considered to be a powerful symbol of inter-literary relations. Both the geographical pertinence and its symbolic condition are obviously discussed, when not even contested. Written by an international team of researchers who are specialists in the field, this history is the first attempt at applying a comparative approach to the plurilingual and multicultural literatures in the Iberian Peninsula. The aim of comprehensiveness is abandoned in favor of a diverse and extensive array of key issues for a comparative agenda. A Comparative History of Literatures in the Iberian Peninsula undermines the primacy claimed for national and linguistic boundaries, and provides a geo-cultural account of literary inter-systems which cannot otherwise be explained».

biológico y evolutivo, sino además por las limitaciones espúreas, exteriores al fenómeno literario en sí, que se imponen al acto de la lectura, del análisis y de la interpretación. Y además, ay, los más dolientes que gozosos estereotipos identitarios, que se adhieren a etiquetas como literatura portuguesa, literatura gallega, literatura española, literatura argentina, literatura hispanoamericana, literatura caribeña, latinoamericana, literatura marginal, etc. España, alegre, Portugal, triste, Cataluña, trabajadora, Andalucía, flamenca ardientemente perezosa, etc.

En una obra relativamente contemporánea, *Educação para a cidadania*, publicada en el moderno Portugal de 1999 y a la que dedican elogiosas palabras los autores del prefacio y la presentación (nada más, nada menos que el entonces presidente de la República portuguesa Jorge Sampaio y el eminente intelectual Guilherme de Oliveira Martins), escribían, sobre esta obra, que «a sua utilidade é evidente e o seu propósito muito louvável» (Sampaio 1999, 4) y que «resulta de um trabalho muito sério e rigoroso» (Oliveira Martins 1999, 6). No divirgiendo de estos comentarios ni por lo tanto del mérito que puede reconocerse en gran parte de la obra, tampoco deja de llamar la atención cómo se armonizan esos méritos con las siguientes conceptualizaciones de «identidade nacional»:

É o processo pelo qual um povo, ou seja, uma comunidade com laços de consanguinidade, solidariedade e cidadania, toma consciência de interesses, história e projecto comuns, representativos dos fins universais da humanidade, e se torna capaz de integrar parcelas regionais através do ordenamento político de factores materiais e culturais, e de ser integrado em comunidades supranacionais empenhadas na viabilização de sociedades abertas. (Henriques, Rodrigues, Cunha, Reis 1999, 52)

Definición en la página y que corresponde perfectamente a la integración de Portugal en la CEE que abrió camino a la actual UE, ya miembro de la OTAN y de la ONU, aunque se armoniza, decíamos, con este otro texto, de Jorge Dias, originalmente publicado en 1985:

O Português é um misto de sonhador e de homem de acção, ou melhor, é um sonhador activo [...] o Português é mais idealista, emotivo e imaginativo do que homem de reflexão. Compartilha com o Espanhol o desprezo fidalgo pelo interesse mesquinho, pelo utilitarismo puro e pelo conforto, assim como o gosto paradoxal pela ostentação de riqueza e pelo luxo. Mas não tem, como aquele, um forte ideal abstracto, nem acentuada tendência mística. O Português é, sobretudo, profundamente humano, sensível, amoroso e bondoso, sem ser fraco. [...] Há no Português uma enorme capacidade de adaptação a todas as coisas, ideias e seres, sem que isso

implique perda de carácter. Foi esta faceta que lhe permitiu manter sempre a atitude de tolerância e que imprimiu à colonização portuguesa um carácter especial inconfundível: assimilação por adaptação. [...] Falta-lhe também a exuberância e a alegria espontânea e ruidosa dos povos mediterrâneos. (Henriques, Rodrigues, Cunha, Reis 1999, 57)

Resultaría apasionante citar todo el texto en su integralidad (o en su 'integralismo' lusitano, en broma cuasi seria), pero como muestra ya nos parece suficiente. Aunque sea un texto de 1985, parece escrito aún en el siglo XIX, o a comienzos del XX, o en el tipo de discurso pessoano del V Imperio: tal es su idealismo y esencialismo hegeliano, romántico, ciertamente delirante, que nos recuerda a Unamuno o a Teixeira de Pascoaes. Cuyo prestigio, por cierto, a día de hoy, no deja de sorprender, tal como el del propio Hegel⁵ u otros metafísicos de la identidad. Y no nos detenemos en el término amable y elogioso que Jorge Dias le dedica al imperialismo portugués: este texto nos llevaría a suponer que los millones de personas de la costa occidental africana, esclavizados, esclavizadas, forzadas y forzados a (pro)crear esclavos durante siglos al otro lado del Atlántico, lo fueran en fraterna y adaptativa «atitude de tolerância» (Henriques, Rodrigues, Cunha, Reis 1999, 57). Compruébense números y fechas en *Las venas abiertas de América Latina*, de Eduardo Galeano ([1971] 2004), por ejemplo, quien se basó en archivos históricos, en documentos factuales, no en metáforas.

Para hablar con fundamentación de la estructura ideológica del nacionalismo y no perdernos en especulaciones digresivas, hay que referir a algunos teóricos. Según Anthony D. Smith, en *Nationalism. Theory, Ideology and History*,

the overall thrust of nationalism is clear: the nation is a form of public culture and political symbolism, and ultimately of politicized mass culture, one which seeks to mobilize the citizens to love their nation, observe its laws and defend their homeland. (2001, 35)

La idea de que el nacionalismo es una «cultura de masas politizada» que busca alcanzar, en última instancia, objetivos bélicos -fijémonos en la progresión: amar, obedecer y combatir- es muy significativa y

⁵ Respecto a la idea hegeliana del Estado, por ejemplo, leemos en Spénlé (1969, 94), que «L'état hégélien, se définissant exclusivement par sa souveraineté, ne peut pas tolérer une limitation de cette souveraineté qui viendrait du dehors. Il ne peut reconnaître d'autre Volonté que la sienne. Etant lui-même source de toute Droit et de toute Morale objective, il ne peut se soumettre à une juridiction ou à un arbitrage, ni prendre en considération aucune morale autre que l'affirmation de sa Volonté souveraine [...] Hegel est le métaphysicien de la guerre et de l'impérialisme» (y volveremos a Hegel en el segundo capítulo).

habremos de tenerla en cuenta a lo largo de todo este libro. Se trata de una conceptualización que pone en relieve la guerra y por lo tanto las instituciones militares: objeto temático central en el grotesco esperpéntico de Lobo Antunes y, por supuesto, de Valle-Inclán.

Benedict Anderson (1993, 3), en su obra clásica *Imagined Communities*, admite que «nationness is the most universally legitimate value in the political life of our time». Su universo de significación (y de acción, añadiríamos) no se circunscribe solamente al campo político, ya que, y ahora según Smith (2001, 2), «the significance of nationalism is not confined to the world of politics. It is also cultural and intellectual, for ‘the world of nations’ structures our global outlooks and symbolic systems».

Ello, porque a pesar del carácter absolutamente contingente o azaroso de nacer en cierto o en incierto lugar y por lo tanto de estar adscrito a determinadas identidades nacionales, de *pertenecer* a naciones, dicha *pertenencia* estructurará, en gran medida, las perspectivas a partir de las cuales asuman unas u otras actitudes los seres humanos. Actitudes, sistemas simbólicos, creencias. Y tanto más las influirá o condicionará cuanto menos consciente sean los individuos de que esas identidades nacionales son construcciones culturales, fictivas en el sentido que le da Ricoeur a la palabra, cuya legitimidad fundamentadora de acciones de todo tipo y signo y valor se acepta como algo ‘natural’. Ello, a pesar de que si nos situamos fuera de este «world of nations», o incluso si nos alejamos de zonas geopolíticas concretas, tienden a ser tan parecidos tantos símbolos y creencias nacionales que incluso podremos confundirlos. Es lo que le ocurrirá a mucha gente que, aun convencida de la singularidad, exclusividad, de ‘su’ identidad nacional, es dudoso que no haya de reconocer –si a ello se la invita activamente– la extraordinaria semejanza que existe entre todas las banderas e himnos nacionales.

Volviendo a Smith, quien parte de la siguiente definición de nacionalismo:

‘An ideological movement for attaining and maintaining autonomy, unity and identity for a population which some of its members deem to constitute an actual or potential *nation*.’

This is a working definition based on the common elements of the ideals of self-styled nationalists, and it is therefore inductive in character. But it inevitably simplifies and extracts from the many variations in the ideals of nationalists, and assumes thereby something of a general, ideal-typical character. This definition ties the ideology to a goal-oriented movement, since as an ideology, nationalism prescribes certain kinds of action. (2001, 9)

Importa, precisamente, señalar las semejanzas estructurales de cualquier nacionalismo y, por lo tanto, de unas u otras creencias

nacionalistas (en unas u otras naciones). Interesa fijarse especialmente en su carácter artificioso, de construcción cultural. Señálese, además, que los individuos de una comunidad asimilan esa identidad común imaginaria tras postularse institucionalmente su realidad material, física, o su potencialidad material o física, concreta, factual.

Por ello, Smith relaciona más el nacionalismo con el concepto de 'religión política' que con la 'ideología política', recurriendo, para esta asociación, a la definición del concepto de religión que proponía Émile Durkheim, en 1915:

a unified system of beliefs and practices relative to sacred things, that is to say, things set apart and forbidden - beliefs and practices which unite into one single moral community called a Church, all those who adhere to them. (en Smith 2001, 35)

Smith, además, apoya su atribución al nacionalismo de un carácter narcisista -el culto maniaco de la autoimagen- en el carácter de «religión sucedánea». Todo nacionalismo propugna que la nación a la que se dedique está formada por «unique people, with a peculiar history and destiny» y, por ello, el nacionalismo vendría a ser «the secular successor to older religious beliefs in ethnic election, or the 'chosen people'» (2001, 35). El deporte, concretamente el fútbol, sería otro ejemplo, 'pop', de esta secularización de la fe religiosa.

Anderson, por otra parte, introdujo su exitosa definición de la nación como comunidad imaginada:

it is an imagined political community - and imagined as both inherently limited and sovereign. It is *imagined* because the members of even the smallest nation will never know most of their fellow- members, meet them, or even hear of them, yet in the minds of each lives the image of their communion. (1993, 5-6)

Este autor interpreta, además, el nacionalismo como un fenómeno, estructura ideológica y social, anómalo. Argumenta que el nacionalismo sigue tratándose de una manera que podría denominarse como precientífica, o según la terminología de T.S. Kuhn, de paradigma ptolomeico:

The aim of this book is to offer some tentative suggestions for a more satisfactory interpretation of the 'anomaly' of nationalism. My sense is that on this topic both Marxist and liberal theory have become etiolated in a late Ptolemaic effort to 'save the phenomena'; and that a reorientation of perspective in, as it were, a Copernican spirit is urgently required. My point of departure is that nationality, or, as one might prefer to put it in view of that word's multiple significations, nation-ness, as well as nationalism, are cul-

tural artefacts of a particular kind. To understand them properly we need to consider carefully how they have come into historical being, in what ways their meanings have changed over time, and why, today, they command such profound emotional legitimacy. (Anderson 1993, 4)

La aparición, su desarrollo y la legitimidad de la «nation-ness» y del nacionalismo son centrales en el enfoque andersoniano. Urge, según este autor, un cambio de perspectiva que permita llegar al conocimiento de los «cultural artifacts» que componen tales fenómenos. Como, por ejemplo, las historias de las literaturas nacionales.

Desde una perspectiva no demasiado distante, también Eric Hobsbawm destacaba la importancia de la nación y de fenómenos asociados a ésta, como la creación-invencción de símbolos y de tradiciones de todo tipo:

In this connection, one specific interest of ‘invented traditions’ for, at all events, modern and contemporary historians ought to be singled out. They are highly relevant to that comparatively recent historical innovation, the ‘nation’, with its associated phenomena: nationalism, the nation-state, national symbols, histories and the rest. All these rest on exercises in social engineering which are often deliberate and always innovative, if only because historical novelty implies innovation. (Hobsbawm [1983] 2003, 13)

Este autor destaca el hecho de que el estudio de los fenómenos nacionales carece de solidez si no se atiende escrupulosamente a las invenciones de tradiciones, así como a las construcciones y artefactos culturales asociados a aquellas:

And just because so much of what subjectively makes up the modern ‘nation’ consists of such constructs and is associated with appropriate and, in general, fairly recent symbols or suitably tailored discourse (such as ‘national history’), the national phenomenon cannot be adequately investigated without careful attention to the ‘invention of tradition’.⁶ (14)

En la misma línea de pensamiento, Patrick Geary concibe la historia moderna como un instrumento central del nacionalismo europeo,

⁶ Homi Bhabha, en su conferencia del 16 de abril de 2015 en el Instituto de Ciências Sociais de la Universidade de Lisboa («Império, colonialismo e sociedades pós-coloniais») afirmó que, por un lado, «tradition is only good as long as it is traductible» y que «cultural essentialism» contiene el «danger of fundamentalism» (notas mías). Son obvias las conclusiones que de estas premisas se derivan, en el caso de que se acepten como tales. Algo que sin duda se asume en este estudio sobre *Imperiales esperpentos ibéricos*.

desarrollado en un contexto espaciotemporal muy determinado: «Modern history was born in the nineteenth century, conceived and developed as an instrument of European nationalism» (Geary 2002, 15). Y explora las consecuencias de esta constatación, extendiéndola hacia la misma epistemología de las ciencias sociales y humanas, o humanidades, particularmente de la historiografía: «Rather than neutral instruments of scholarship, the modern methods of researching and writing history were developed specifically to further nationalist aims» (16). Siguiendo, además, paradigmas narrativos y miméticos de las poéticas clásicas.

Asunto delicado. Podríase referir la incompreensión que afectó a Alexandre Herculano cuando al redactar la primera historia moderna de Portugal desmitificaba el supuesto milagro de Ourique. Como hemos visto, en años más recientes se conservan las tendencias a ficcionalizar la historiografía, con elementos de la narración clásica. Tema delicado: hemos visto cómo en 1999 aún pervivían mitificaciones decimonónicas de supuestas identidades nacionales: en 1999 y ahora mismo.

Perspectiva muy diferente a las de Anthony D. Smith, Benedict Anderson o Patrick Geary –ptolomeica, digamos siguiendo a Kuhn– es la que asume Llobera, para quien es completamente falsa la idea del nacionalismo como invención, manteniendo que los nacionalismos modernos son recreaciones o reformulaciones de «realidades medievales»:

A ideia de que o nacionalismo é uma invenção, tão cara a Hobsbawm, Gellner e outros analistas contemporâneos, é flagrantemente falsa, pois os nacionalismos modernos são recriações de realidades medievais e, na realidade, só podem ter êxito quando se radicam no passado medievo, mesmo que as ligações a estabelecer sejam, por vezes, tortuosas e retorcidas. (Llobera 2000, 83)

Llobera, con conceptos cuando menos problemáticos por su vaguedad, como el de «realidades medievales», atribuye, más adelante, una supuesta unidad de conciencia a grupos indeterminados de individuos, como el pueblo o un grupo étnico (conceptos generalizadores que diluyen una característica intrínseca de lo humano como parte de lo zoológico: el factor individual). Vemos cómo, al atribuirseles una unidad de voluntad, y por lo tanto de acción, a grupos humanos que por definición habrán de ser heterogéneos, no unitarios, este investigador mantiene presupuestos idealistas procedentes de Rousseau y del hegelianismo marxista que son, como mínimo, discutibles. Sigamos leyendo, pues:

Assim, deve estar-se atento às consequências que cada via de acção produzirá, mas, em última instância, aquilo que importa é a

vontade de sobreviver de um povo ou de um grupo étnico. As forças vivas e activas da comunidade terão de articular projectos que respondam aos requisitos culturais necessários para preservar a sua comunidade, no quadro da Europa unida, processo que exigirá, sem dúvida, uma recriação das identidades étnica/nacional no contexto dos estados existentes e das instituições europeias emergentes. Parafraseando Marx, dir-se-á que, se a história impõe restrições ao comportamento do homem, os seres humanos conscientes são autores da sua própria história. (Llobera 2000, 202)

Creo que dos falacias lastran estas consideraciones –apologéticas– del nacionalismo moderno. Primero, diluye absolutamente lo individual en lo colectivo: el grupo (pueblo, grupo étnico) es lo «que importa». Pero, ¿qué es un ‘pueblo’, ‘el pueblo’? Ya se ha problematizado aquí, y no importa reiterarlo: el concepto de pueblo, en última instancia, acaba por diluir la conciencia de que los países están, sin excepción, divididos socialmente como estructura piramidal. Además, atribuirnos a los seres humanos una capacidad de autoría de «su propia historia» –artística metáfora, la de la autoría– presuponiendo que como individuos podamos influir tanto en el mundo, en fin, es mucho suponer. Sin duda, quien tiene ‘Poder’ puede hacerlo, atar y desatar, tener y retener. Lo que ocurre, y esto es fácil constatarlo sociológicamente, históricamente, es que el pueblo no suele poder demasiado. Sea lo que fuere ese ‘pueblo’: digamos, mejor, el llamado pueblo. Concepto archimanido, tan multiusos como vacío: precisamente por su vacuidad tiene usos tan diferentes y elásticos. Concepto comodín, como ‘Dios’, ‘Odio’ o ‘Amor’. Porque, de hecho, Llobera, tras situar «la voluntad de sobrevivir de un pueblo o de un grupo étnico» en el primer lugar de las prioridades del nacionalismo actual (creemos que se refiere a los nacionalismos emergentes, intra o protoestatales, aquello que cierta izquierda y cierta derecha política llama «la Europa de los pueblos»), ya da a entender su concepto de ‘pueblo’: «Las fuerzas vivas y activas de la comunidad». Esto es, según este ejemplo de teórico nacionalista actual, los miembros de la comunidad que no actúan en un determinado sentido, o que no sean «seres humanos conscientes», serán –por antítesis lógica– fragilidades muertas e inactivas de la comunidad. Las hipotéticas consecuencias de tal suerte de razonamientos son bastante obvias: para autores como Llobera, hay un pueblo más pueblo que otros pueblos en cuanto a su ‘popularidad’, y otro que tendrá que dejarse conducir por «las fuerzas vivas y activas de la comunidad». Cosas veredes, escribió el filósofo manchego, y cosas seguiremos viendo, querámoslo o no. Mucho atan esas «fuerzas vivas y activas de la comunidad».

Con estas citas se refuerza la asociación del enfoque ‘conscientemente’ nacionalista a un paradigma ptolomeico o precientífico. Que sea popular, valga la redundancia, o respetable, como se ha dicho

también en otro lugar, que convenza a millones de personas, no debe tenerse en cuenta: el modelo geocéntrico también fue el más razonable durante siglos, y el 'sentido común'- *seny*, *sentidiño*, *censo comum*- que (durante algún tiempo) sirvió mejor los intereses de clases dominantes, más o menos pertenecientes al llamado pueblo: «las fuerzas vivas y activas», antes o después institucionalizadas.

Así que, y en cierto sentido volviendo al método que sigo en mi investigación, tras las pertinentes argumentaciones, recuérdense las palabras del comparatista Claudio Guillén, para quien «no puede acentuarse bastante este aspecto dinámico -militante, diría Adrian Marino- o batallador del comparatismo»:

Acerquémonos a nuestra disciplina sin perder de vista este cariz inicial: la Literatura Comparada como afán, deseo, actividad frente a otras actividades. Deseo, digamos por lo pronto, de superación del nacionalismo cultural: de la utilización de la literatura por vías nacionalistas, instintos narcisistas, propósitos ideológicos. (Guillén 1985, 14)

La estructura ideológica nacional, cualquiera, se fundamenta, primero, en fronteras político-administrativas actuales o de antaño, y en el dialecto de la élite de una lengua que tiende a ser destacada entre los demás idiomas -o dialectos- por criterios sentimentales o mercadotécnicos, turísticos, etc., y elige, desde parámetros muy relativos, contingentes, a veces también muy matizables, aunque recubiertos con el velo necesario y prestigioso del discurso historiográfico, que para la mayoría de la población es neutro y objetivo, un determinado momento histórico: el *big-bang* de cada nación. Y es que aquí la lengua es el factor primigenio de las 'nacionalidades' literarias: es lo que nos lleva a reconocer 'una' literatura española, 'una' literatura portuguesa, 'una' literatura inglesa, 'una' literatura catalana. Hay algo de obsesivo en estas expresiones, por cierto: cierta monomanía, valga la redundancia, de la unicidad (un Dios, una nación, unos etcéteras).

Al usar las etiquetas nacionales, que se basan sólo en la combinación entre territorialidades político-administrativas (las fronteras) y de idiomas (considerados a partir de los cánones académicos del siglo XVIII), para englobar múltiples y diversos objetos artísticos, de todo tipo de autorías, todo tipo de representaciones, de todo tipo de géneros, se incurre en una maniobra metafórica -consciente o inconsciente- de transposición categorial falaz de uno a otros ámbitos. Según este paradigma clasificatorio y epistemológico se postula la existencia real de la literatura 'española', la literatura 'portuguesa', la literatura 'brasileña', la literatura 'catalana', la literatura 'inglesa', etc. Aunque sin absoluta seguridad, sospechamos que sea la norma educativa vigente en la mayor parte del mundo, de todos o de casi todos los sistemas educativos primarios y secundarios del mundo. Esto no

es en absoluto casual o inocente, pues son esas edades, precisamente, la fase del desarrollo mamífero durante la cual se configuran las estructuras de la personalidad, y es durante estos años cuando se establecen mejor las doctrinas en los futuros ciudadanos adultos y *conscientes*. Esto implica, en realidad, a toda la comunidad educativa.

Pues bien, en este ensayo, aunque sea temporalmente, habrá que suspender (esto es: poner en suspensión, que no atribuir un suspenso) a estos conceptos, que *ya* no nos sirven: desentrañemos dos obras, escritas por autores que se expresan, el uno con la lengua española y el otro con la lengua portuguesa, que individualmente se expresaron mediante estas lenguas, con resultados muy semejantes, y que nos permiten considerar el uso de una u otra lengua como un factor secundario en el sistema de representación literaria y que carece, por lo tanto, de relevancia a la hora de analizar las obras. En términos comparatistas: los objetos temáticos y sus tratamientos se superponen a especificidades dialectológicas. O, como leemos en *A literatura ensina-se? Estudos de teoria literária*, de Carlos Ceia:

O texto literário é ao mesmo tempo igual a todos os outros (em termos de forma e estrutura) e diferente de todos (pela linguagem); é ao mesmo tempo igual a todos os outros (em termos de uso de uma linguagem) e diferente de todos (pela procura de uma forma e estrutura peculiares); é ao mesmo tempo igual a todos os outros (em termos de forma e estrutura e uso da linguagem) e diferente de todos (em termos de forma e estrutura e uso da linguagem). Vale este princípio complexo como o princípio dos paradoxos da definição referencial de literatura, que anula qualquer tentativa de institucionalização da literariedade como explicação do fenómeno literário. (Ceia 1999, 62)

Por supuesto, para nosotros la propia distinción entre ambas lenguas, esto es, los criterios lingüísticos desde los que se distingue entre lengua y dialecto, a partir de los cuales el portugués y el español son claramente dos lenguas, es igualmente discutible (más adelante se explicará el porqué). En este momento, es forzoso hacer varios distinguos para continuar la afirmación del enfoque comparatista, armonizada con el rechazo del falaz concepto de literatura nacional. Escribía Claudio Guillén, en «Mundos en formación: los comienzos de las literaturas nacionales» (*Múltiples moradas*): «pueden existir, y han existido, nótese bien, críticas literarias nacionales; con sus tópicos, sus resabios, sus terminologías peculiares. Pero los ejemplos de esta índole pesan poco cuando los contraponemos a los géneros, de tan clara importancia, que numerosas naciones y lenguas han venido compartiendo a lo largo de los siglos» (Guillén [1998] 2007, 304).

Esta reflexión debería bastar para neutralizar o rechazar las defensas a ultranza de la identidad nacional literaria, o intentos de

blindaje de dicha ideología académica. Darío Villanueva comentaba así la definición de Claudio Guillén:

La [definición] aportada recientemente Claudio Guillén [1985, 13-14] en su introducción a esta disciplina, que está teniendo gran eco internacional a través de sus traducciones, es muy cautelosa y subraya el aspecto que más le interesa al autor, el de la superación de los nacionalismos culturales: «Por literatura comparada (rótulo convencional y poco esclarecedor) se suele entender cierta tendencia o rama de la investigación literaria que se ocupa del estudio sistemático de conjuntos supranacionales [...]. (Villanueva 1994b, 106)

Primero, no es difícil desdibujar o relativizar los límites entre unas lenguas u otras, no sólo por la presencia de unas en otras, a varios niveles (morfológico, sintáctico, léxico) sino por sus contigüidades. Es lo que ocurre entre el castellano, el portugués, el gallego, el catalán, el francés, el italiano... Pero también *entre* las lenguas latinas y el inglés, por ejemplo, pues una parte considerable de sus léxicos es de origen grecolatino (dándose el movimiento inverso en nuestros días).⁷ Y, a su vez, el patrimonio grecolatino tampoco surgió *ex ovo*, en una especie de *big-bang* cultural o a partir de una especie de metafórica *tabula rasa* prefundacional.

En fin: en sus aspectos fundamentales -morfosintaxis, léxico- tanto el portugués como el español son lenguas románicas, y además contiguas en cuanto a su génesis y posteriores mutaciones. Como venía a decir mi admirado profesor de latín de la Faculdade de Letras de la Universidade de Lisboa, el doctor Luís Cerqueira, las lenguas románicas, en la Península Ibérica, no son más que latín *balbuciado* (parafraseando, en portugués, sus palabras en una clase primaveral de aquel cercano 1999, deseando no estar traicionando el espíritu que las animaba). Y, sin embargo, desde los estudios filológicos de cualquier 'nación', se ha promovido constantemente el énfasis en la diferencia, en las divergencias e incluso en los aspectos conflictivos de los diálogos (o discusiones) entre diferentes naciones-lenguas.

Con la metafísica identitaria de lo colectivo olvidamos frecuentemente que ni las lenguas ni las naciones (los estados y las culturas que rigen) nunca existen al margen o fuera de la experiencia de personas individuales, con sus correspondientes divisiones internas. Esa actitud general de nacionalización de todo lo que se ponga a tiro abarca desde aspectos que podríamos denominar como pintorescos -por ejemplo, la gastronomía- hasta rasgos culturales que frecuentemente

⁷ Se calcula que el inglés tendrá en torno a un 60% de vocabulario de origen latino (Fasold, Connor-Linton 2014).

han conducido a catástrofes muy inter-nacionales- como las distinciones étnicas o religiosas. Las permanentes crisis de refugiados en la cuenca del Mediterráneo son tan solo un ejemplo. Un gran y significativo ejemplo, pero sólo uno de muchos, quizá demasiados. Podríamos resignarnos, simplemente: así es la vida y sus ficciones. Mas no porque billones de personas crean errores dejan éstos de serlo. Hay muchos ejemplos de ello a lo largo de nuestra historia como especie. Podríamos preguntarnos, nietzscheanamente: ¿es la ficción nacional una ficción 'útil'? Esa sería, para nosotros una pregunta pertinente. Para más adelante quedará y ojalá para su respuesta contribuya la sección siguiente, en la que se trata la construcción o representación de lo real a través de ficciones y metáforas. Ante las cuales hay acontecimientos que, por ocurrir, existen y nos imponen -individual y colectivamente- su existencia irrefutable: las catástrofes naturales o civilizadas, los desastres de la guerra, la radiación de las bombas atómicas y las centrales nucleares, el cáncer, la muerte.

Volviendo a la estructura ideológica de 'lo nacional': ésta se corresponde con el estadio del *homo sapiens* como especie, dentro del marco general de la evolución de la vida en la tierra y de su misma diferenciación progresiva de otros primates. Algunos de los cuales, se nos dice desde la primatología, como el *pan troglodytes* (o chimpancé), tienen un sentido de identificación comunitaria-territorial que los lleva a acometer guerras, que pueden incluir en ocasiones, como toda guerra humana incluye, violaciones de los derechos humanos, o en este caso -que tanto monta, monta tanto- derechos primates. Un ejemplo muy 'humano' serían las prácticas genocidas. Steven Pinker, en «Violência ancestral. As origens do comportamento agressivo do homem»:

Os chimpanzés comuns vivem em comunidades de até 150 indivíduos que ocupam um território separado. Enquanto vagueiam em busca de frutas e nozes, que se distribuem de maneira não uniforme pela floresta, eles com frequência se dividem e se aglutinam em grupos menores de um a quinze indivíduos. Se um grupo encontra outro grupo de uma comunidade diferente na fronteira dos territórios, a interação é sempre hostil. Quando os bandos estão em equilíbrio de forças, disputam a fronteira em uma batalha ruidosa. Os dois lados dão gritos curtos e repetidos ou emitem sons graves, sacodem galhos, atiram objetos e arremetem uns contra os outros por meia hora ou mais, até que um lado, geralmente o menos numeroso, bate em retirada.⁸

⁸ Publicada en versión en portugués, en la edición 78 (marzo de 2013) de *Piauí Folha de São Paulo*. <https://piaui.folha.uol.com.br/materia/violencia-ancestral/>.

Así las cosas, no debería extrañarnos el tribalismo inherente al concepto de nación y a la estructura tribal –en sentido antropológico, cultural-biológico– del sistema nacionalista de representación y, por lo tanto, de estructuración de la realidad. Con pinzas usamos el concepto de representación y de realidad, que como se ha dicho, trataremos dentro de algunas pocas páginas.

Sea como fuere, se trata de un problema tan complejo que su resolución fuera de estrictos círculos académicos se nos figura entre lo improbable y lo imposible, como ya se ha dicho antes. De acuerdo con Anthony D. Smith:

The fact that neither a scientific nor an eclectic version of global culture could have much popular resonance and durability suggests that the conditions for a postmodern supersession of nationalism have not yet been realized, and that globalization, far from leading to the supersession of nationalism, may actually reinforce it. (Smith 2001, 137)

Sin embargo, sígase deconstruyendo, aunque no sea más que un ejercicio de articulación discursiva. O quizá no. Quizá todo ello pueda producir algún efecto práctico positivo: entre el alumnado, por ejemplo. Y quizá con ello podamos además contribuir a mejorar las relaciones interculturales de presentes y futuros protagonistas de los procesos educativos, que deberían abarcar todos los niveles de enseñanza. Problematicando lo nacional, las historias literarias encajonadas en compartimentos estanque nacionales. Porque, por dar algunos ejemplos variopintos: ¿qué hacer con autores bilingües, como Alfonso X, Gil Vicente, Camões, Beckett, Eduardo Mendoza, Atxaga? ¿Dónde encajarlos, cómo clasificarlos –plantarlos– estudiarlos e interpretarlos? El criterio nacional –por llamar de alguna manera al enfoque dominante hoy– monolingüe no nos sirve, aquí: es muy útil para la enseñanza de las lenguas, hay que concedérselo. Pero si nos centramos en los estudios literarios, en sus actuales programas y *curricula*, que dependen de departamentos en los que prevalece, todavía, el enfoque nacionalista, parte de la obra de estos autores se quedará siempre rezagada en una especie de retaguardia o interzona autorial. Lo cual es, en los múltiples sentidos ya demostrados, una falta de rigor, e incluso de respeto hacia la individualidad expresiva de esos mismos creadores.

Con relación a la persistencia de los mitos de identidades, sean de pureza o de supuestas idiosincrasias de parámetros fijos, no cabe desdeñar la tendencia a incorporar nuevos paradigmas reductores, como el de híbrido o mestizo, cuando se aplican exclusivamente a culturas poscoloniales generadas por los imperios europeos. De hecho, es como si las literaturas *nacionales* europeas, organizadas en el contexto del desarrollo de los nacionalismos modernos, no fueran,

ellas mismas, tan híbridas, heterogéneas -impuras- y compuestas como las demás literaturas, como cualquier literatura.

Como Armando Gnisci planteaba hace años:

En conclusión, es posible afirmar que hay al menos tres condiciones generales que resultan fundamentales en este cambio de perspectiva de la historia comparada de la literatura a principios del siglo XXI: la crítica al eurocentrismo, la revolución de las categorías de la narrativa histórica y la idea de la historia como sistema abierto. (2002, 51)

1.4 Representación, representaciones: lenguaje, metáfora, ficciones y conocimiento

La plebe de todas partes se alucina con metáforas.
(Valle-Inclán, *Tirano Banderas*)

Palavras que nos guiam
que parecem
reais.
(Mário Cesariny, *Pena Capital*)

Metaphor is the stereoscope of ideas. By presenting two different points of view on one idea, that is by approaching a word through two different meanings, it gives the illusion of solidity and reality. (W.B. Stanford 1936, en Dunstan Martin 1975, 206)

[...] durante todo o século XIX e em nossos dias ainda - de Hölderlin a Mallarmé e a Antonin Artaud -, a literatura só logrou existir na sua autonomia, só se desprende de linguagens alheias por um corte profundo quando formou uma espécie de «contradiscorso», e quando passou assim da função representativa ou significante da linguagem a esse ser bruto esquecido desde o século XVI. (Foucault, *As Palavras e as Coisas*, 98)

Considerando la importancia que la metáfora y la representación asumen en la escritura grotesco-esperpéntica, que forma el principal objeto de análisis de estas páginas, nos acercaremos ahora a ambas, para presentarlas y problematizarlas, en un plano teórico e histórico-literario.

González Piñeiro, en su texto introductorio a la edición en castellano de la *Theory of Fictions*, de Bentham, sitúa la representación de lo real en el ámbito del lenguaje:

Toda cultura, para cumplir la tarea de organizar estructuralmente el mundo que rodea al hombre, ha de tener en su interior, se-

gún Lotman y Uspenskij (1979) un «mecanismo desencadenante de estructuralidad», cuya función lleva a cabo el lenguaje y que se manifiesta en la continua transformación del mundo infinito de la realidad en el mundo finito de los nombres. Esto es lo que proporciona a los elementos de una sociedad el sentido común o la sensación de lo evidente y les obliga a interpretar como estructuras fenómenos cuya estructuralidad, en el mejor de los casos, no es nada evidente. De hecho, las ficciones entran en escena cuando se trata de hacer evidente lo que no lo es. (González Piñeiro 2005, 29)

Al reflexionar sobre la literatura, no debemos olvidar que ésta es, ante todo, sistema de representación de lo real, con selección de temas, motivos, caracteres, espacios, tiempos. Por ello, hay que establecer qué es para nosotros *lo real*. Sin acotar esta cuestión, la integración de las varias zonas de este estudio resultaría insatisfactoria. Parece claro que abrir vías de relación entre unos y otros saberes abocarán, necesariamente, a un tratamiento no exhaustivo y, por lo tanto, no profundo para cada una de esas áreas del conocimiento.

En primer lugar, hay que definir el concepto de ‘representación’. Este concepto, por su problematicidad, necesita ser aclarado. Si queremos dar un sesgo científico a nuestro trabajo, y lo queremos, parece importante recurrir a algunas contribuciones de autores que lo han estudiado.

Aunque nos parezca bien analizar y relativizar los conceptos que se articulan a lo largo de este estudio, hay que rechazar el relativismo absoluto y asumir el conocimiento científico como procedimiento obligatorio. Ello no quiere decir que se caiga en un uso ingenuo o totémico de *lo científico*: es éste, como todo conocimiento, relativo – relativo a épocas, contextos, incertidumbres. Y es que las certezas absolutas y las definiciones absolutamente coherentes lo son, casi siempre, en la provisionalidad de su contingencia espaciotemporal. Olvidar esto sería caer en lo ingenuo. La actitud científica debe ser un medio, no un fin en sí.

Graham Dunstan Martin, en su extenso ensayo paródicamente titulado *Language, Truth and Poetry* –paródico respecto al filósofo lógico Ayer –, obra que representó una respuesta apologética del lenguaje explícitamente metafórico frente al logicismo neopositivista de filósofos como el referido Ayer, o de Ludwig Wittgenstein, afirma que:

we know from the Heisenberg uncertainty principle that our knowledge of the exact state of, say, the electrons in a cloud of red gas is *and must in the nature of things remain vague*. It seems therefore that there must be a limit to the analysis of experience, and that this limit is laid down by the laws of the physical world itself: at the level of microphysics, indeterminacy creeps in. (Dunstan Martin 1975, 57)

Dunstan Martin se refiere a un principio que procede de la teoría cuántica de Heisenberg, concretamente su Principio de Indeterminación. Según Jesús Navarro Faus, en una edición especial de *National Geographic* en Portugal:

Os termos intuitivos baseiam-se na física clássica que inclui conceitos como a continuidade dos fenómenos no espaço e no tempo, a distinção entre onda e partícula, a causalidade e o determinismo, ou a ideia de que os objectos possuem propriedades independentemente da forma de medi-los. A física quântica modifica essas ideias: há grandezas que variam em forma descontínua; um objecto quântico aparenta ser onda e partícula simultaneamente; em vez de determinismo, surgem as probabilidades quânticas; certos pares de grandezas não podem ser determinados com precisão arbitrária; as medidas experimentais não podem ser interpretadas como informação sobre as propriedades independentes dos objectos; etc. (Navarro Faus 2015, 84-5)

Este principio de incertidumbre nos obliga a una reflexión más profunda y compleja. Nos muestra cómo la separación de las ciencias exactas y las sociales y humanas es cuando menos discutible, o problemática (la vieja cuestión de las dos culturas). Dunstan Martin, a quien se citará más veces por su importancia, en la parte tercera de su obra («A Defence of Literature (Real-ativity or, The Use of Poetry)») sale al paso del desprecio platónico -motivado por la búsqueda de la *verdad*- respecto a la poesía:

Literature is dangerous. It is dangerous because it militates against simple answers, it helps us to understand the complexities of the individual, language and the world. And in these respects, it is in harmony with science. (1975, 294)

António Damásio, quizá el más importante neurocientífico actual, quien ha llevado las vías abiertas por Santiago Ramón y Cajal hasta sofisticadísimos modelos científicos de explicación de nuestra naturaleza más esencial, de aquello que en realidad nos hace humanos, las actividades neuronales, señala la doble proyección del concepto de representación en su libro *O sentimento de si*:

Uma das palavras cujo significado necessita de clarificação é ‘representação’, um termo problemático mas praticamente inevitável em discussões como esta. Utilizo o termo representação, quer como sinónimo de imagem mental, quer como sinónimo de padrão neural. (2013, 380-1)

La imagen es un tema que podrá analizarse desde ambas perspectivas, la de la psicología y la de los estudios literarios. Como leemos en *Teoría literaria*:

La imagen es tema que entra tanto en la psicología como en los estudios literarios. En psicología, la palabra «imagen» significa reproducción mental, recuerdo de una vivencia pasada, sensorial o perceptiva, pero no forzosamente visual. [...] Las clasificaciones establecidas por los psicólogos y estéticos son numerosas. No sólo hay imágenes referentes al gusto y al olfato, sino también imágenes de calor y de presión («cinestésicas», «hápticas», «endopáticas»). (Wellek, Warren 1959, 222)

Muy pertinente es este análisis por su amplitud del campo de lo sensorial. Además de la visión, otras sensaciones formarían parte de esta «imagen», que se construye a partir de otros sentidos también y ya no solamente a partir de la visión. Extendemos estas cuestiones cognitivas hasta la actividad semiótica, esencial en la actitud comparatista (con ensayistas y pensadores clave como Umberto Eco, por ejemplo).

Volviendo a Damásio, merece la pena detenerse en las 'imágenes', construcciones edificadas por nuestros cerebros, y en los objetos, 'realidades' exteriores al sujeto que interactúa con aquellos, con todos los objetos, y cuya relación de interacción permite crear las imágenes. El relieve lo plantea Damásio en esta interacción, que aunque sea 'real' no puede ser la imagen real (en sí), porque cada ser interactuante construye 'su' imagen 'real'. Según Damásio:

as imagens que o leitor ou eu vemos nas nossas mentes não são fac-símiles de nenhum objeto específico, mas antes imagens das interações entre cada um de nós e um dado objeto que entrou em contato com os nossos organismos, imagens construídas em termos de padrão neural e segundo o design do organismo. O objeto é real, as interações são reais e as imagens também são. No entanto, a estrutura e as propriedades da imagem que acabamos por ver são construções do cérebro desencadeadas por um objeto [...] podemos por isso aceitar, sem protesto, a ideia convencional de que formamos a imagem real de uma coisa específica. Mas, no fundo, não formamos. (Damásio 2013, 38)

En consecuencia, el conocimiento pleno -o sin mediación- de algo a lo que podríamos llamar la 'realidad absoluta' es un conocimiento improbable, imposible incluso, fuera de nuestras percepciones. Y ello, aunque haya una gran consistencia entre las diversas imágenes que compartimos con otros seres cognitivamente equipados, de la nuestra o de otras especies animales, relativamente al concepto de mundo que construimos a lo largo de nuestra interacción con el

‘mundo’. Otras máquinas de conocer, otras percepciones, otras consciencias-de-sí. En una obra anterior, *O Erro de Descartes. Emoção, Razão e Cérebro Humano*, Damásio trataba esta cuestión de la creación imagística de la actividad intelectual:

A natureza das imagens de algo que ainda não aconteceu, e que pode de facto nunca vir a acontecer, não é diferente da natureza das imagens de algo que já aconteceu e que retemos. Elas constituem a memória para um futuro possível e não do passado que já foi.

Estas diversas imagens – perceptivas, evocadas a partir do passado real, e evocadas a partir de planos para o futuro – são construções do cérebro do nosso organismo. Tudo o que se pode saber ao certo é que são reais para nós próprios e que há outros seres que constroem imagens do mesmo tipo. Partilhamos com outros seres humanos, e até com alguns animais, as imagens em que se apoia o nosso conceito do mundo; existe uma consistência notável nas construções que diferentes indivíduos elaboram relativas aos aspectos essenciais do ambiente (texturas, sons, formas, cores, espaço). Se os nossos organismos fossem desenhados de maneiras diferentes, as construções que nós fazemos do mundo que nos rodeia seriam igualmente diferentes. Não sabemos, e é improvável que alguna vez venhamos a saber, o que é a «realidade absoluta». (Damásio 1995, 113)

Y es esta incertidumbre del conocimiento lo que debemos tener en cuenta al tratar las ciencias sociales y humanas, pero también las llamadas ‘exactas’ o ‘puras’. Asumiendo la incertidumbre al respecto, y teniendo en cuenta los límites que ello nos impone, estaremos más atentos respecto a dicha improbabilidad. Con ello, podremos ser más prudentes y reflexivos al enunciar afirmaciones o juicios respecto a cualquier asunto.

También Dunstan Martin, por otro lado, reflexiona sobre las complejidades del significado, cómo éste emerge de la relación entre palabra, contexto y referente: «meaning in the sense all or any of the relationships involved between word, concept and referent» (1975, 29). Se trata de una relación con tres vectores, aquélla a la que se refiere el autor. Es, en síntesis, un proceso sumamente complejo y, sobre todo, mediatizado: el referente sería aquello que percibimos con los sentidos el aparato sensorial o, entonces, de actividades internas de nuestro propio sistema cognitivo y emocional.

En este sentido se expresaba uno de los autores que en el siglo XIX planteó algunos de los problemas centrales del pensamiento contemporáneo, Friedrich Nietzsche. Éste, ya en 1873, en *Sobre verdad y mentira en un sentido extramoral*, escribía:

La ‘cosa en sí’ (esto sería justamente la verdad pura, sin consecuencias) es totalmente inalcanzable y no es deseable en absoluto para el creador del lenguaje. Éste se limita a designar las relaciones de las cosas con respecto a los hombres y para expresarlas apela a las metáforas más audaces. ¡En primer lugar, un impulso nervioso extrapolado en una imagen! Primera metáfora. ¡La imagen transformada de nuevo en un sonido! Segunda metáfora. Y, en cada caso, un salto total desde una esfera a otra completamente distinta. (2012, 26)

Imagen generada por un impulso nervioso y exteriorizada sonoramente— tal es la concepción nietzscheana del lenguaje: metáforas, metáforas... Todo lenguaje es metafórico, construcción biológica del aparato biológico humano cuya causalidad, *ergo*, es indisoluble del sistema nervioso. Así, la imagen, la metáfora es ‘algo’ separado, distinto de lo ‘real’ a lo que, en principio, alude; aunque en relación o interacción con la ‘cosa-en-sí’ (u otros nombres que queramos atribuir al *númen* postulado por Kant en su teoría del conocimiento).⁹ Nietzsche, en *Sobre verdad y mentira...*, daba una vuelta de tuerca a la trascendental distinción kantiana entre *noumenon* y *fenomenon*, entre la cosa-en-sí y la cosa-para-nuestra-percepción.

Por otra parte, Dunstan Martin muestra del siguiente modo su escepticismo respecto siquiera a la posibilidad de llegar a un conocimiento completo de los significados:

The brain is reported to contain about ten thousand million units, each of which may communicate with ten thousand others. Is our sense of qualitative distinctions a *function* of such vast quantities? Might we one day describe semantic structure in terms purely of the *number* of connections established between word and word (or process and process), and the direction in which such connections go? But I mention all this only to underline more clearly the hopelessness of the idea that one might arrive at a consistent, neat picture of the structure of (even a single word’s) meaning. (1975, 55)

Son las imágenes a las que se refieren tanto Damásio como Wellek y Warren, imágenes construidas por nuestros cerebros.

Hay que destacar aquí que las posibilidades infinitas de conexiones, la capacidad de crear nuevas conexiones infinitamente, es la más importante y creativa. Sobre la estructura del concepto, que es constituyente fundamental de los significados, Dunstan Martin dice, más adelante:

⁹ La distinción entre número y fenómeno es, si profundizamos en ella, algo más compleja, pero por razones de economía discursiva, lo dejamos así. Para matizarlo más, cf. Ferrater Mora 1991, 157-8 y 282-3.

The structure of the concept, then, is both fluid and complex. It is fluid, because it is capable of extension on the basis of analogy, of 'stretching' (as indeed we often say) to cover non-literal referents. It is fluid also, because we can never be certain exactly when the boundary between literal and metaphoric comes. It is complex because it contains within it so many connotations, other connotations flock round it, and because it is thus connected indirectly with a potential infinity of other concepts. (1975, 55)

A su vez, Le Guern formaliza una concepción de metáfora con la que asocia a ésta una construcción mental, resultado de un proceso a lo largo del cual se opera una asociación entre un sentido literal -no dejando de ser, éste, resultado de una construcción- y un sentido figurado, una connotación, un significado diferente que se le atribuye a partir de dicha asociación. Según este teórico:

A particularidade da metáfora consiste [...] em unir uma denotação marcada por um processo de selecção sémico a uma conotação psicológica que continua obrigatória, mesmo num contexto restrito. [...] É este o carácter específico da metáfora: obrigando a abstrair do nível de comunicação lógica um certo número de elementos de significação, permite pôr em relevo os elementos que se mantêm; com a introdução dum termo estranho à isotopia do contexto, produz, a um outro nível diferente do da informação pura, a evocação duma imagem associada compreendida pela imaginação e que exerce a sua ressonância sobre a sensibilidade sem o controle da inteligência lógica, porque está na natureza da imagem, introduzida pela metáfora, escapar-lhe. (Le Guern 1974, 43)

La asociación entre el campo semántico al cual pertenece determinada palabra y otro que le es ajeno y que permite la construcción de una imagen se sale, inevitablemente, de las relaciones que establece la inteligencia lógica. Diríamos incluso que el cambio repentino e inesperado que introduce la metaforización se sale de ambas zonas semánticas si consideramos que atribuirle a alguien, a su significante, las cualidades de un león no implica, obviamente, transformarlo en un león en la imagen que de aquél nos construimos. Lo que se crea es algo híbrido entre lo primero y lo segundo, tal como la metaforización del orinal duchampiano en 'fuente' no convierte el canonizado mingitorio en una fuente factual. El significante elegido sigue siendo, en gran medida, aquello que era antes del proceso de transfiguración del que ha sido objeto.

La distinción entre 'connotación' y 'denotación' no es tan evidente y problemática como se desearía. Nos dice Dunstan Martin, en comentario a Jakobson, que:

The idea then that we might ever establish a clear and precise definition of literal and metaphoric, is just a pipe-dream. On the other hand, we can certainly express an opinion about the degree of metaphoricality or literality as between two uses of a term, just as when faced with what geographers call two outstanding natural features, we are more likely to apply the word *hill* to the smaller of them, and *mountain* to the larger. (1975, 204)

Y algunas páginas antes, cita a David Eccles, en epígrafe (en Dunstan Martin 1975, 39):

The most interesting features of the world, for instance Colour, Sound, Pain, Heat and Cold, Taste and Smell, etc., are not features of the world at all, but features of the interpretative mechanisms of the brain.

Es ésta una línea de interpretación que podremos fácilmente asociar a Damásio, puesto que el neurocientífico postula que el lenguaje construye incluso nuestras percepciones y las apreciaciones derivadas de ésta, respecto a nuestros entornos, como podemos ver en las palabras de Dunstan Martin. Damásio destaca la consistencia de dichas percepciones, aunque sean diferentes individuos quienes las perciben. Según Damásio: «existe uma consistência notável nas construções que diferentes indivíduos elaboram relativas aos aspectos essenciais do ambiente (texturas, sons, formas, cores, espaço)» (1995, 113).

Dunstan Martin destaca la importancia de las semejanzas como origen de las analogías (sin despreciar las diferencias), si consideramos que estas forman parte de nuestros procesos de creación de categorías. Y he aquí la importancia de un proceso cognitivo, la generalización, por metonimia o sinécdoque. Es la «función generalizadora»:

But upon what does the process of analogy depend? Upon the perception of similarities. We are here again, in fact, in presence of what I have called the generalizing function. For it is by overlooking their differences that an English oak, a prehistoric tree-fern and a baobab are all called 'trees'. (Dunstan Martin 1975, 47)

Más importante para la propuesta de que la metáfora grotesca problematiza la metáfora dogmatizada es la siguiente consideración:

Fortunately, with simpler and more concrete examples like 'tree', 'horse', 'after' and 'red', there will be considerable agreement. With more complex and abstract concepts like 'religion', 'justice', 'democracy', considerable disagreement habitually occurs, and our personal world-views are inextricably involved. (1975, 43-4)

La generalización es siempre una simplificación de algo más complejo. Añade, extiende, acota, desplaza significados; y, con ello, influye en nuestras interacciones con los objetos y con los demás sujetos. Estructura que representa lo real, en toda su diversidad de datos, sensaciones, interconexiones y desencajes.

Sobre las profundas dificultades que nos plantean tanto la noción de 'lo real' como la de 'representación', escribe Fernando Gil:

Só palavras como «real» e seus cognatos apresentam uma significação tão genérica - tão abstracta - como o termo «representação». E pelas mesmas razões que este último, a que aquelas, de resto, se encontram profundamente ligadas. Com efeito, é a associação do «real» com a «sua» representação que fornece o próprio *quadro* formal da pensabilidade do mundo.

Trata-se de uma parêntese de noções absolutamente anteriores a todas as outras - à lógica, à ontologia formal (esta, uma elucidação parcial da noção de real), à descrição categorial. Por isso também, tematizadas ou não, são noções ao mesmo tempo omnipresentes e imprecisas, e informadas em permanência pelas conceptualizações próprias de cada filosofia. E, assim, se existem usos tecnicamente bem definidos da representação em determinados contextos filosóficos, será, contudo, certamente impossível obter-se uma noção unitária a partir deles. De doutrina para doutrina são frequentes os deslizos de sentido, à representação ligam-se outros problemas e as teorias organizam, cada uma à sua maneira, os modos de representação. Estes são múltiplos e o seu alcance pode variar. Em última análise «representação» revela-se uma designação global e proteica, de contornos incertos [...]

Em todas as formas de representação uma coisa se encontra no lugar de outra, representar significa ser o outro dum outro que a representação, num mesmo movimento, convoca e revoca. O representante é um duplo do representado. E é por aí que a representação se designa como formando o cerne do pensamento. (Gil 2000, 11-12)

Así cabe entender toda representación, aspecto clave de la existencia humana, individual y socialmente. Es con base en ella como las sociedades funcionan, convergen, colaboran, crean. Al mismo tiempo que, también con ella, disfuncionan, divergen, luchan, se explotan, destruyen y se destruyen. Los idiomas lo son no sólo «para el diálogo»,¹⁰ sino (y a partes iguales) para la discusión; para el halago y también para la ofensa. Sirva esta esquemática oposición de conceptos, la cual

10 Irónico eslogan del Instituto Cervantes para promocionar sus cursos de español como lengua extranjera: «español, lengua para el diálogo». No parece expresar con exactitud los niveles de crispación y divergencia que acaecen en los mundos hispanohablantes. Pero la intención es bondadosa. Vaya eso por delante.

es, en realidad, algo reductora, para apoyar el inicio de nuestro argumento. Pues, ya que el asunto central de este ensayo es lo grotesco literario y su potencia y función deconstructora y crítica de las ‘verdades’ oficiales, de los discursos del poder y de la autoridad, hay que ver cómo funciona dicha deconstrucción desde sus fundamentos cognitivos. Ello porque, en definitiva, se debe tratar la representación grotesca como contradiscurso, como contrarrepresentación: es ese el aspecto que más interesa en el grotesco esperpéntico.

Y nuestra percepción, ¿no está, acaso, condicionada –conscientemente o no– por ‘nuestras’ opciones, gustos, por ‘nuestros’ prejuicios, por ‘nuestros’ conceptos previos al contacto con la experiencia? (Se destaca el posesivo para señalar cuán engañoso puede ser un simple determinante, casi invisible en su humilde pequeñez: al usarlo, los hablantes nos hacemos la ilusión de que las ideas y los gustos que van marcando nuestras trayectorias vitales son, en realidad, propios y originales. Lo cual es un acto de fe, o una ingenuidad, si es que no se nos aúnan ambas posibilidades, perfectamente complementarias).

Las selecciones o elecciones que hacemos mientras percibimos lo que nos rodea (sea aquello lo que fuere), están cargadas de ‘subjetividad’. Como preguntan retóricamente Wellek y Warren : «¿No es selectiva toda percepción?» (1959, 224). Además, hay que considerar la influencia del cuerpo en las categorías con las que enmarcamos los datos externos o internos de la percepción que percibimos:

A influência do corpo na organização da mente também pode ser detectada nas metáforas que os nossos sistemas cognitivos têm criado para descrever os conhecimentos e qualidades do mundo que nos rodeia. (Damásio 2003, 219)¹¹

Desde los órganos de la percepción sensorial hasta las facultades neurológicas, generamos semiosis y también anulamos, destruimos o deconstruimos estructuras de sentidos; los sujetos humanos podemos derribar, demoler, desahuciar edificaciones lingüísticas, simples construcciones semánticas, incluso vastas manzanas conceptuales, e incluso laberínticas e imperiales urbes narrativas. Y las complejas operaciones metafóricas de representación del mundo son dinámicas: actúan, a su vez, sobre esas mismas realidades. Crean realidad.

Entre dichas mediaciones, representaciones o textos incluimos la literatura, por supuesto. Y antes de ésta, su probable origen: los símbolos, ordenados en mitos (fundacionales, cosmogónicos, de creación, de origen, escatológicos...), y también las llamadas ciencias *exactas*,

¹¹ Nuevamente, Nietzsche, quien fue uno de los primeros, si no el primero, en profundizar sobre la fisiología que se halla tras toda creación filosófica o cultural.

cuya exactitud resulta siempre, al cabo, provisional. Al fin y al cabo, cualquier tipo de discurso lo es. Todo signo es, intrínsecamente, metafórico.

Volviendo a Nietzsche, a quien Jean Paul Richter podría haber dedicado la expresión con la que define el humor grotesco, como se verá en el segundo capítulo (un «Sócrates demente»), y cuyos planteamientos –los de ambos pensadores– motivan parte de los nuestros:

¿Qué es una palabra? La reproducción en sonidos de un impulso nervioso. Pero inferir además a partir del impulso nervioso la existencia de una causa fuera de nosotros, es ya el resultado de un uso falso e injustificado del principio de razón. (Nietzsche 2012, 25)

Esto es: las palabras no son ‘cosas-en-sí’. Y ya que todo el lenguaje es metafórico, conceptos como los de nación, derechos humanos, persona, Dios, están tan sujetas a tal condición como a la contingencia de lo subjetivo. Veremos, ahora, cómo las representaciones de lo real tienen, en su eje, un mecanismo que podemos denominar metafórico.

También desde la antropología se ha reflexionado sobre este asunto. Precisamente una gran referencia para el estudio de la dimensión simbólica y mítica de lo humano, Claude Lévi Strauss, afirma:

todo este problema da experiencia em oposição à mente parecer ter uma solução na estrutura do sistema nervoso, não na estrutura da mente nem da experiência, mas num ponto intermédio entre a mente e a experiência, no modo como o nosso sistema nervoso está construído e na maneira como se interpõe entre a mente e a experiência. (2007, 19)

Desde los estudios lingüísticos, queda clarísima la contingencia y la arbitrariedad de los signos lingüísticos respecto a sus referentes, idea aceptada, en primera instancia, en los medios académicos de las ciencias sociales y humanas, pero no tanto entre amplios grupos sociales (las mayorías sociales, como dicen algunos, la ‘gente normal’). Dicha arbitrariedad o contingencia del signo lingüístico es la condición básica para que las combinaciones de signos sean hipotéticamente infinitas, y para la creatividad verbal, condición, a su vez, de la invención intelectual y simbólica. En otras palabras, y por muy obvio que pueda parecer, el lenguaje verbal no es *lo real*, ni nos presenta la realidad tal ‘como’ es, con sus propiedades originales. Nada representado es lo representado. En términos lógicos, un sustantivo común (mesa, por ejemplo) no *nos da* exactamente –no podría hacerlo– el objeto o referente que pretenda representar (i.e., presentar de nuevo).

Esto es: A (el objeto original) no es A’ (su representación, su ‘copia’ lingüística). Mostrar la imagen de un pan no es ‘dar’ un pan: no

se come el pan que sólo es pan en concepto. Como vemos-leemos en el cuadro de Magritte: *Ceci n'est pas une pipe*. Aunque sí lo sea, ausente en su presencia y, al mismo tiempo, presente en su ausencia. En todos los niveles del lenguaje ocurren simplificaciones, generalizaciones, reducciones, desplazamientos semánticos... se dan todo tipo de operaciones o recursos de trans-figuración de lo real a través del lenguaje, de todo tipo de lenguaje: desde los lenguajes literarios artísticos y los lenguajes literarios no artísticos hasta los idiomas cotidianos, familiares, coloquiales, particulares.

Podríamos extender el reconocimiento de la acción del mecanismo metafórico a representaciones no verbales, como las icónicas, pictóricas, escultóricas, etc. Pues toda representación no deja de ser un desplazamiento del objeto original (A) hacia el signo que lo representa (A'). Así, todo lenguaje es metafórico, y al nombrar el objeto lo ficcionaliza, esto es, lo representa, lo recrea. Pero, como especie, necesitamos fingir – creyéndolo – que los nombres de las cosas ‘son’ las cosas. Necesitamos ficcionalizar (relacionado etimológicamente con *fingo, fingere*: ‘moldear la arcilla, dar forma, imaginar, crear, fingir’).¹² De ahí la gran paradoja –una de varias– el escepticismo nietzscheano: por un lado, socrático en su problematización de la realidad a diestro y siniestro; por otro, nostálgico de una supuesta e inferida ingenuidad mítica presocrática, el Nietzsche utópico y remitificador, él mismo inventor de nuevas ficciones como la del *Übermensch* o la de la ‘muerte de Dios’, él mismo quijote y antiquijote a un tiempo (no así Sancho, algo así como un *Überquijote*).

Un ejemplo cotidiano: los nombres de pila. Elegidos habitualmente según criterios maternos o paternos (criterios que pueden variar entre la semántica, la eufonía, el prestigio de clase, las modas), a los nombres de pila los individuos tendemos a concederles un valor absoluto, esto es, a asumir que esos nombres ‘propios’, esas palabras, forman parte de nuestra biología, como los órganos pluricelulares que nos constituyen. Y, sin embargo, es un elemento tan contingente respecto a la biología como el idioma con el que actuamos, como la ropa que vestimos o nuestras redes – o sedes – de interacciones sociales.

El nombre de pila, sin embargo, otorga carta de creador a quien lo asigna, como si se tratara del título de una novela. Además, puede cumplir exactamente la misma doble función del título de una novela: abrir los horizontes de expectativas, por un lado, y generar intertextualidades.

Si, por ejemplo –y con explicaciones o lecciones recibidas desde el mundo adulto– el nombre Pedro enlaza directamente con la cultura católica, con la doble metáfora de las llaves y de la construcción, o el Pablo de la espada y del camino de Damasco, o Sagrario, que remite

¹² Fuente: Rezende, Bianchet 2014.

a la liturgia, mientras que María Inmaculada y María de la Concepción se extienden, intertextualmente, a Santa María, y a su vez la etimológicamente árabe Fátima se conectaría, además de con esa tradición católica, también con el imaginario musulmán: sus valores serán diferentes dependiendo de los contextos ‘nacionales’ o geoculturales en los que se encuentre (pensemos comparativamente en tres ejemplos contextuales: Portugal, Alemania, Afganistán). Podemos seguir con la (aparente) frivolidad de estos ejemplos: Alejandro y Darío remiten, opcionalmente o acumulándose, tanto al prestigio de los grandes imperios como al modernismo español e hispanoamericano (Rubén Darío, Alejandro Sawa – ejemplos tomados de, o que remiten a *Luces de bohemia*). Álvaro, castellano viejo: *Don Álvaro o la fuerza del sino*. Otro nombre que por un casual sináptico se me aparece, Delfim, que no es tan común en la República Portuguesa como los católicos José, Paulo o Mariana, aunque no deje de ser ‘normalísimo’ en Portugal, en el contexto hispanoparlanchín, digo hablante, remite al simpático mamífero acuático y, al mismo tiempo, a los absolutismos monárquicos franceses.

La selección de una u otra intertextualidad dependerá de la cultura general, del imaginario personal, etc., de cada subjetividad que interactúe con cada persona concreta significada por cierto nombre de pila. Y, por supuesto, también del apellido. Es significativa la anécdota de un sufrido ciudadano ecuatoriano que fue retenido durante horas en un aeropuerto alemán, para explicar el porqué de su nombre de pila: Giovanni Hitler. O que en países sin restricciones onomásticas haya ciudadanos llamados Supermán González, Tarzán Romero, etc.¹³

Importa no olvidar que al reconocimiento del carácter relativo del lenguaje humano siempre se le ha opuesto la tendencia humana a naturalizar la arbitrariedad esencializando la contingencia de los fonemas, de las palabras, de la morfosintaxis y de la semántica. Atribuyendo a las lenguas características o rasgos naturales, geológicos, y asignándoles, con esta operación de esencialización de lo contingente, una condición análoga a la de los objetos de estudio de las ciencias de la naturaleza, cuya concreción, en su materialidad, es innegable o, como mínimo, consensual (por ejemplo: nadie negará que existe el viento o que no se puede caminar sobre el agua¹⁴).

Olvidar que la palabra no es ese algo que representa o significa, que sustituye a ‘otro algo’, es desconocer su índole convencional,

13 Por ejemplo, Venezuela: <http://www.cubahora.cu/del-mundo/batman-y-superman-votaran-en-venezuela-fotos-video>; o http://elpais.com/diario/2007/09/06/internacional/1189029617_850215.html («Hitler soy yo, ya que mi padre lo escogió como mi segundo nombre. Lenin es mi hermano menor, cuyo nombre completo es Lenin Helen (sí, su segundo nombre es femenino). Y Bolívar era mi padre [...]»).

14 Salvedad hecha para algún que otro suceso de naturaleza milagrosa, por supuesto.

relativa, sus mecanismos más o menos caprichosos, casuales o contingentes. Sin embargo, es lo que hacemos como especie: tenemos que hacerlo. Si no, la vida sería imposible: al menos las posibilidades instintivas de la vida, que empuja a la acción mecanizada, dinámica, constantemente material. Incluso podemos suponer grados de ficcionalización en especies primatizadas o humanizadas, como la felina o la canina. Pero, como los lenguajes de estas especies no tienen ni diccionario ni literaturas nacionales, y se sitúan por lo tanto fuera de nuestro ámbito de estudio, volvamos a lo nuestro y sinteticemos: la lengua, metaforizando, ficcionaliza lo real, sea lo real aquello que fuere. Y lo cierto es que metaforizamos y ficcionalizamos por doquier. Somos animales metafóricos y uno de los instintos humanos es el instinto narrativo.

De cualquier manera, nada en esto es tan nuevo en cuanto a su formulación esencial: ya en Bentham y en Nietzsche encontramos la idea básica de que el lenguaje es fundamentalmente metafórico, y que por lo tanto los conceptos, las ideas, que son la base de las culturas, también son, en gran medida, metafóricos y, por ende, contingentes, relativos, no absolutos. Esto tiene la consecuencia de que ningún símbolo compartido es un valor absoluto en sí. Para ello, para lograr que lo sea, habrá que dogmatizarlo.

Paul Ricoeur, en la senda de Nietzsche, critica radicalmente el concepto de verdad, un concepto que como hemos dicho es 'vital' asumir como 'verdadero' para no bloquear el flujo dinámico de la vida, la acción. Pero cuyo blindaje al escepticismo necesitamos rasgar a menudo para poder reflexionar creativamente. Esto es, para la acción mental. En su obra *La métaphore vive*, curiosamente publicada el mismo año que la de Dunstan Martin, leemos:

Le sens du mot vérité est en question. La comparaison entre modèle et métaphore nous a du moins indiqué la direction: comme le suggère la jonction entre fiction et redescription, le sentiment poétique lui aussi développe une expérience de réalité dans laquelle inventer et découvrir cessent de supposer et où créer et révéler coïncident. Mais que signifie alors réalité? (Ricoeur 1975, 310)

Lo que sí sabemos es lo que son, o lo que parecen ser, las representaciones y los discursos con los que y a partir de los cuales configuran sus realidades los billones de billones de realidades humanas individuales que han formado esta especie nuestra que llamamos humanidad.

Aquí, un inciso: ¿hay, acaso, realidades u objetos 'absolutos'? De las páginas previas podría surgir la sensación de que implícitamente asumimos que todo equivalga a todo: sería un resultado plausible, al fin y al cabo, de esa actitud de escepticismo general. Sin embargo, no es así. Sería precipitada esa interpretación. Claro que sí, que hay realidades u objetos, si no absolutamente absolutos, al menos

relativamente absolutos y, como tal, ‘verdaderos’: ocurren –existen, se nos imponen– realidades materiales (vitales, mortales) tan consensuales, tan irrefutables, tan comprobadas (‘probadas’ en común) que podemos afirmar tajantemente su verdadera existencia, efectiva y empírica. Por ejemplo: la muerte, la fuerza de la gravedad, la combustión de células por acción del fuego, los tsunamis, los terremotos, etc. Son todos los discursos culturales y con algún grado de interpretación y creatividad los que merecen el enfoque escéptico y, por ende, relativista.

Importa, por ello, seguir ahondando e en torno a las relaciones o interacciones entre el pensamiento y el lenguaje, algunas ideas importantes.

Empecemos por Lev Vygotsky (2010), quien, en 1935, en *Pensamiento y lenguaje*, postulaba que el pensamiento no es una facultad *a priori* del sujeto humano, sino que se desarrolla con el lenguaje, y éste por aquél, recíprocamente.

Desde sus estudios sociolingüísticos de enfoque genético, afirmaba, en el capítulo cuarto, «Las raíces genéticas del pensamiento y el habla», que:

1. En su desarrollo ontogenético, el pensamiento y el habla tienen raíces diferentes.
2. En el desarrollo del habla del niño podemos constatar un estadio preintelectual y, en su desarrollo del pensamiento, un estadio prelingüístico.
3. Hasta un determinado momento, los dos siguen líneas diferentes, independientes entre sí.
4. En ese determinado momento dichas líneas se encuentran, por lo que el pensamiento se hace verbal, y el habla, racional. (Vygotski 2010, 150)

Y más adelante, en el séptimo capítulo, sobre «Pensamiento y palabra» (277-8): «En los animales, incluso en los antropoides, cuya habla es fonéticamente como el habla humana y cuyo intelecto es afín al del hombre, el habla y el pensamiento no se relacionan entre sí».

El encuentro de las dos líneas sería, así, el momento ‘distintivo’ que nos distinguiría a la especie humana de las demás, y en lo que respecta a la relación entre pensamiento y habla (aunque probablemente la primatología y posteriores desarrollos primates arrojarán otras luces –de serles permitido, a éstos, sobrevivir y evolucionar, la cual cosa clara no parece– y aportar interpretaciones sobre la aparente e inferida gran distinción entre el *homo sapiens* y el *pan paniscus* o el *pan troglodytes*, por ejemplo).

Considerar que pensamiento y lenguaje tienen orígenes distintos, a partir de la observación del desarrollo de sendas capacidades en la infancia, puede ayudarnos a entender mejor cómo el lenguaje

depende del pensamiento (y viceversa) y no se corresponde unívocamente con el problemático concepto al que llamamos 'realidad'. Análogamente, los 'errores' gramaticales de las niñas¹⁵ permiten inferir la propiedad-facultad innata del lenguaje verbal humano y de la incorporación de las reglas de una determinada lengua, o de más que una, en los casos de multilingüismo, por el no reconocimiento de las excepciones a dicha lengua. Es ahí donde los errores ocurren con mayor frecuencia.¹⁶

Dunstan Martin, a su vez, afirmaba que:

it is the symbol in all its shapes and forms (and principally language, of course) that allows us to think - because we can manipulate symbols when the objects for which they stand are still absent, and so cannot themselves be manipulated - or are yet to be invented - or may never turn out to be feasible at all. (1975, 78)

Una perspectiva distinta de la de Vygotsky es la que supone la teoría de la Gramática Universal desarrollada durante los años sesenta por Noam Chomsky. Según este lingüista, que no se puede calificar como de vanguardia, abundantes datos empíricos confirmarían la existencia innata de una Gramática Universal, común a toda la especie humana y con variaciones específicas de cada lengua. Chomsky concibe el conocimiento de la lengua «como um certo estado da mente/cérebro, como um elemento relativamente estável em estados mentais transitórios, uma vez atingido» (Chomsky 1994, 31). El teórico considera este «elemento relativamente estável» como una facultad específica de la mente humana -la facultad del lenguaje- como si de un órgano se tratara, considerándolo un módulo de la mente (31). A este respecto, son muy interesantes las palabras de António Damásio:

O cérebro está animado, desde o início da sua vida, com um enorme repertório de sabedoria que diz respeito à forma como o organismo deve ser gerido, nomeadamente à forma como a vida deve ser organizada e como o organismo deve responder a certos acontecimentos exteriores. (2003, 231)

De hecho, el proceso de adquisición es universal: ocurre en tiempos y en fases semejantes en todos los bebés, independientemente de su

¹⁵ Y, por supuesto, de los niños. Es un experimento gramático-mental, nada más.

¹⁶ Un ejemplo observado en tres lenguas ibéricas (catalán, castellano y portugués) es el uso incorrecto, según sus respectivas autoridades gramaticales, del verbo *haver-hi, haber, haver*: 'No n'hi havien persones'; 'No habían personas'; 'Não haviam pessoas'. Este uso, en principio incorrecto por lo dicho, está cada vez más extendido gracias a los tan útiles y esclarecidos opinadores públicos y medios de comunicación social. Pero, aunque incorrecto, no deja de ser un error por instinto de regularidad.

cultura. Además, el hecho de que se desarrolle en un período bastante breve sería la evidencia del carácter innato de la facultad del lenguaje. Para Fromkin y Rodnam (1993, 372), «essa universalidade leva a crer que a linguagem constitui uma parte biológica e genética do sistema neurológico humano». Así se explicarían también las diferencias entre la facilidad y la naturalidad con las que se aprenden los idiomas durante la infancia y las –en ocasiones– irresolubles dificultades que plantea el aprendizaje de una lengua segunda o tercera durante edades adultas.

Las teorías del innatismo de las estructuras gramaticales, y específicamente la de Chomsky (la Gramática Universal), son muy apropiadas ante la especificidad del lenguaje humano: su abstracción, su carácter de construcción mental. Esto es: en realidad, y por poner un ejemplo, no más, todo sustantivo es abstracto; no hay substantivos realmente ‘concretos’. Aunque se refieran a una realidad factual, material o concreta, siempre acaban por sustituirla. Esto, recordando siempre que la mente es un proceso complejo en el que confluyen múltiples y compuestos factores y que se desarrolla u ocurre en un cuerpo, como Damásio estudia desde la neurociencia.

Ojalá lo que se acaba de problematizar nos ayude a ver mejor todo lo que se tratará a continuación: la metáfora, sus mecanismos y su centralidad en la configuración de las identidades individuales y colectivas, con las que jugará la representación grotesca.

Un teórico fundamental de la metáfora fue Max Black. En *Models and Metaphors*, mostraba su escepticismo e incluso su rechazo respecto a conseguir establecer una gramática universal:

the prospects for a universal philosophical grammar seem most unpromising. I believe the hope of finding *the* essential grammar to be as illusory as that of finding the single true co-ordinate system for the representation of space. We can pass from one systematic mode of spatial representation to another by rules for transforming co-ordinates, and we can pass from one language to another having the same fact-stating resources by means of rules of translation. But rules for transformation of co-ordinates yield no information about space; and translation rules for sets of languages tell us nothing about the ultimate nature of reality. (Black 1962, 15)

Sirvan las perspectivas anteriores para mostrar, a grandes rasgos, la complejidad de este asunto. Pero, independientemente del mayor o menor innatismo de la facultad del lenguaje y de su hipotética (y muy probable) universalidad gramatical, lo cierto –para mis razonamientos es esto lo que interesa– es que la metáfora juega, en el nivel cognitivo de la representación, un papel esencial. Según Earl R. Mac Cormac, y aunando a Nietzsche con Chomsky:

To explain metaphor as a cognitive process, I presume the existence of deep structures of the human mind as a language generating device. When I speak of the *existence* of deep structures, I mean *existence* in the sense of rational reconstructions and not in the sense of specific actual biological based mechanisms.

I postulate the following three levels of explanation as non-exclusive rational reconstructions of the cognitive process by which metaphors are generated:

Level 1: Surface language

Level 2: Semantics and Syntax

Level 3: Cognition

[...] Viewed internally, metaphors operate as cognitive processes that produce new insights and new hypotheses. (Mac Cormac 1985, 1-2)

Se ha considerado el imperativo humano, como los de todo animal de organización compleja, de establecer coordenadas propias para situarse en el mundo, de aprehenderlo, mapeando lo real, ficcionalizándolo, organizando su espaciotiempo, atribuyéndole a éste un sentido, unos vectores. Llamemos a la existencia -mundo- lo 'real'. El sujeto humano precisa mediaciones para representarse ese 'número' que postuló Kant, inaccesible en-sí-mismo y que sólo podrá conocerse (entenderse) a través de construcciones o representaciones mentales. No podemos saber, en verdad, cómo o qué es lo existente en sí y en algunos casos es incluso posible dudar de la existencia de ciertos 'en-sí'. Dichas representaciones mentales, al recomponer -ordenar- los fragmentos fenoménicos aprehendidos por los distintos receptores-transmisores sensoriales, por el aparato perceptor y la consciencia, proporcionarán a ese sujeto cognoscente, inteligente, constructor de sentidos, una red semiótica ordenada que, al verbalizarse, al ser denominada, al representarse, se constituirá en signo, en narración, en texto, en mito, creencia, ciencia.

Ante todo, hay que destacar la complejidad del fenómeno que conocemos como metáfora, mecanismo de la representación que conocemos o que creemos conocer y que quizá desconozcamos. Esta formulación paradójica no conlleva otra intención que plantear uno de los principales problemas de este libro, que es la del desplazamiento grotesco de los sentidos consensuales o consensuados.

En la *Norton Anthology of Theory and Criticism* (Leitch 2010, 2701-58), la lista de nombres asociados a «metaphor» es larga: Tomás de Aquino, Aristóteles, San Agustín, Brooks, de Man, Donne, Eastman, Frye, White, Jakobson, James, Kristeva, Lacan, Longino, Hurston, Nietzsche, Vico. Y podría serlo bastante más, sin duda.

Veamos algunas definiciones o teorías destacadas de la metáfora, que de acuerdo con la síntesis diacrónica del manual de referencia de Methuen, *Metaphor*, presentaría dos modelos fundamentales:

There is what might be called classical view, which sees metaphor as 'detachable' from language; a device that may be imported into language in order to achieve specific, pre-judged effects [...] And there is what might be called the *romantic* view, which sees metaphor as inseparable from a language which is 'vitally metaphorical' [...] and involves, quite literally, the creation of «new» reality. [...] If there is a «modern» view of metaphor, it is an extension of the romantic one, though with some interesting developments which suggest that the two extremes are not irrevocably exposed. (Hawkes 1972, 90-1)

Pero la historia de la reflexión teórica sobre la metáfora se remonta por lo menos a la *Poética* (1990, 134) de Aristóteles (1457b, 6): «A metáfora consiste no transportar para uma coisa o nome de outra, ou do género para a espécie, ou da espécie para o género, ou da espécie de uma para a espécie de outra, ou por analogia».

No podemos dejar de lamentar nuestro desconocimiento del griego, aunque felizmente se trata de un autor cuyas traducciones, en este caso al portugués, están suficientemente sancionadas desde los estudios clásicos. Al menos, cuentan con una tradición secular y bastante contrastada por filólogos a lo largo del tiempo.

No es necesario destacar la importancia de Aristóteles para el devenir de las literaturas occidentales, de toda la cultura, de hecho. Tal como refiere la *Norton Anthology of Theory and Criticism* (2010, 83), y sobre su *Poética*, aunque sin desprestigiar el carácter precursor de su *Retórica*: «It is perhaps the most influential work in the history of criticism and theory, shaping future considerations of genre, prosody, style, structure, and form». Y tanto. Por ello, volveremos al estagirita en varios momentos de nuestro estudio.

Con relación a la teoría aristotélica de la metáfora, el peripatético incluye la metáfora dentro de la sección dedicada a la elocución poética, tras establecer una distinción tipológica entre sustantivos (1457 b): «Cada nome, depois, ou é corrente, ou estrangeiro, ou metáfora, ou ornato, ou inventado, ou alongado, abreviado ou alterado».

El romanticismo, como hemos visto –y Nietzsche es, en muchos sentidos, el último gran romántico–, superará esta discriminación de la metáfora con relación al lenguaje general o corriente.

Veamos, a grandes rasgos, como están las cosas actualmente. Si buscamos en las páginas de las obras de referencia de acceso libre en la Biblioteca Nacional de Lisboa,¹⁷ encontraremos algunas definiciones de «metáfora».

¹⁷ Es que es donde me encontraba al trabajar esta parte de esta sección. Un casual. En Vicalvaro podría haber sido.

Sin seleccionar demasiado, como si fuéramos lector no especializado, tomamos algunas obras y encontramos que, por ejemplo, en un ya paradigmático manual de Lausberg, y originalmente publicado en 1966, la metáfora se integra en los «tropos de salto», junto a la ironía (Lausberg 2011, 163):

A *metaphora* [...] é a substituição [...] de um *verbum proprium* («guerreiro») por uma palavra, cujo significado entendido *proprie*, está numa relação de semelhança [...] com o significado *proprie* da palavra substituída («leão»).

A metáfora, por este motivo, é definida também como «comparação abreviada», na qual o que é comparado é identificado com a palavra que lhe é semelhante. À comparação (similitudo) «Aquiles lutava como um leão» corresponde a metáfora «Aquiles era um leão na batalha».

Este manual, que sigue la línea clásica que se remonta a Aristóteles y que se continuó y desarrolló durante los siglos de la grecolatinidad academicista europea, define la retórica como «um sistema mais ou menos elaborado de formas de pensamento e de linguagem, as quais podem servir à finalidade de quem discursa para obter, em determinada situação, o efeito que pretende» (Lausberg 2011, 75). El *tropus* - dentro de las *Virtutes elocutionis*- sería:

a 'volta' (τρέπεσθαι) da seta semântica indicativa de um corpo da palavra, o qual, de um conteúdo primitivo, passa para um outro conteúdo. A função principal dos tropos é o estranhamento que funcionalmente convém ao *ornatus*. (2011, 143)

La finalidad de las *virtutes*, y por lo tanto de los *tropi*, es la «obtenção do sucesso da persuasão» (2011, 119). A su vez, es el «*ornatus* [...] um luxo do discurso; ele tem como finalidade a beleza da expressão linguística» (138). No es difícil entender cómo esta perspectiva clásica mantiene todo su vigor.

Volviendo a Lausberg, es muy relevante cómo, algunas líneas abajo, el autor imprime un marcado carácter moral o ético a la retórica:

No domínio das artes elevadas, tem o artista a intenção de obter, com as suas realizações artísticas, a formação «mimética» (reconstruente, generalizante, que eleva depois de ter evidenciado) de conteúdos, que aclaram a existência, e das mais altas aspirações da natureza humana. (2011, 66)

Quizá haya que enmarcar estas «altas aspirações» en la afirmación que Lausberg incluye en el Prefacio a esta edición, firmado en Münster (Westfalia) que la retórica:

é um dos factores básicos não só do contínuo cronológico, como do territorial da cultura europeia. Todos os povos europeus são 'Irmãs latinas'. A elas pertence - na sua polifonia de irmãs - o futuro. (2011, 66)

Esta consideración parece, tras las tres devastadoras guerras del siglo XX europeo, la Primera, la 'incivil' de España y la Segunda, más expresión volitiva que observación -o previsión- esclarecida. No eran, además, años de paz, aquéllos en los que Lausberg firmaba sus palabras: aparte de la Guerra Fría entre los bloques de la OTAN y del Pacto de Varsovia (cuya metafórica frialdad no templaba los ardores de la guerra: Praga, Cuba, Vietnam, Angola...), se desarrollaban, por aquellos años, las guerras de los antiguos y modernos imperios europeos, como -ejemplo que interesa especialmente- las de las colonias portuguesas en África.

Pero más allá de estas observaciones sobre el optimismo expresado por la lausbergiana metáfora musical de la «polifonia» europea, metáfora que implica una serie de comparaciones que, si las exploráramos se revelarían más como deseos que como observaciones realistas, más allá de lo cándido de estas afirmaciones, es importante detectar en el discurso de Lausberg la relación entre el estilo o retórica y la ideología.

Si buscamos el significado de «metáfora» en el diccionario de la Real Academia Española de la Lengua (2001), encontramos:

1. f. *Ret.* Tropo que consiste en trasladar el sentido recto de las voces a otro figurado, en virtud de una comparación tácita; p. ej., *Las perlas del rocío. La primavera de la vida. Refrenar las pasiones.*
2. f. Aplicación de una palabra o de una expresión a un objeto o a un concepto, al cual no denota literalmente, con el fin de sugerir una comparación (con otro objeto o concepto) y facilitar su comprensión; p. ej., *el átomo es un sistema solar en miniatura.*

O la variante actualizada de 2017, que redujo ambas acepciones a una:

1. f. *Ret.* Traslación del sentido recto de una voz a otro figurado, en virtud de una *comparación* tácita, como en [mismos ejemplos que en las entradas de 2001]

En las definiciones, las del diccionario de referencia de la lengua española, se formulan y ordenan las acepciones de uso aristotélico general del concepto, que como se indica, procede del latín (*metaphōra*), que es a su vez adaptación o apropiación del griego (μεταφορά, 'traslación').

En la edición portuguesa del *Dicionário Houaiss da língua portuguesa* (2003), e indicando que se trata de un concepto propio del

ámbito de la estilística, la lingüística y la retórica, leemos que metáfora es la:

Designação de um objecto ou qualidade mediante uma palavra que designa outro objecto ou qualidade que tem com o primeiro uma relação de semelhança (p. ex., ele tem uma *vontade de ferro*, para designar uma *vontade forte*, como o ferro).

Y, por supuesto, se indica el origen etimológico que conecta el concepto a la *Poética* aristotélica y a la disciplina clásica de la retórica. Desvinculándolo de la misma facultad del lenguaje, o en todo caso situándolo en un plano secundario respecto a su función denotativa. Leemos en otro diccionario, *Dicionário da Língua Portuguesa Contemporânea* de la Academia das Ciências de Lisboa, una definición algo más especializada, y que incluye el concepto de recepción:

Retór. Figura de retórica, designada por tropo, porque há alteração do sentido habitual da palavra, que estabelece uma relação de analogia entre dois referentes ou realidades, sendo basicamente definida como uma comparação em que a conjunção *como* está ausente, e cuja descodificação se prende com os fenómenos de emissão e recepção. *Se se disser duas lindas esmeraldas, relativamente a olhos, está-se perante uma metáfora que evidencia a semelhança entre esmeraldas e olhos, por meio da forma, cor, brilho, beleza...*

No se sale, en ninguna de las anteriores definiciones, del ámbito de la retórica, de la estilística, aunque reflejen la evolución que a través de los siglos ha sufrido el concepto. Vienen a conceptualizar, al fin y al cabo, lo que se expresa *vox populi* o, más bien, la acepción más común de metáfora. Ello remite a una concepción de metáfora en la que la dimensión denotativa del lenguaje, así como la relación supuestamente unívoca (literalidad) entre signo y referente, asume un carácter absoluto. El paradigma lingüístico de esta supuesta literalidad sería el lenguaje científico, en el que no habría presencias o desplazamientos metafóricos. Sin embargo, ni siquiera la textualidad científica, a la cual serían intrínsecos los atributos de la objetividad, de la no literariedad, de la lógica, ni siquiera ante el lenguaje de la ciencia, insistamos, dejamos de leer, de hablar, de pensar metafóricamente. Tal como verse verá más adelante, con Paula Contenças.

En otro tratado, se recogen varias teorías de la metáfora, «desplazamiento de significado» (Marchese, Forradellas 1994, 256), desde la de Quintiliano (*similitudo brevior*), que es esencialmente la que refleja la retórica de Lausberg, hasta la lingüística de Jakobson o la semiótica de Umberto Eco: «Los estudios modernos de retórica han abandonado la definición de la metáfora como comparación abreviada

y se han propuesto incidir en la génesis lingüística de la traslación» (Marchese, Forradellas 1994, 261).

La aproximación al intento de definir el concepto de metáfora se vuelve más compleja cuando nos aproximamos a pensadores contemporáneos como Umberto Eco, quien nos avisa precisamente en la edición portuguesa de la *Enciclopédia Einaudi*, en el artículo de trata el concepto:

A bibliografía pormenorizada sobre a metáfora de Shibbes [1971] regista cerca de mil títulos: e contudo, ainda antes de 1971, omite autores como Fontanier, quase todo Heidegger, Greimas - para apenas citar alguns que tiveram algo a dizer acerca da metáfora - e ignora naturalmente, depois dos autores a semântica componencial, os estudos sucessivos sobre a lógica das linguagens naturais (Eco 1994, 201)

Lo que tenemos, al fin y al cabo, es la problemática esquematización binaria del lenguaje como denotación y connotación, literalidad y figuración, y la articulación, con esquemas lógicos, de conceptos cuyas raíces y relaciones son en mayor o menor grado metafóricas.

En 1979 se publicó una obra ya canónica debido a su amplitud, a los autores de los artículos que la forman y, en fin, gracias a su contribución a los estudios sobre la metáfora. Fue el resultado de un coloquio interdisciplinar sobre la metáfora, el cual se celebró en Illinois, Estados Unidos, en 1977, con una participación significativa de universidades de aquel país. Se estructura en dos partes, cada una de las cuales se subdivide, a su vez, en tres. La primera estudia la metáfora desde la lingüística, desde la pragmática y desde la psicología; la segunda, la metáfora y la sociedad, la ciencia y la educación. Plantea la metáfora, pues, como un problema multidimensional (es ese el título del texto de presentación de su editor, Anthony Ortony). De entrada, se formula esta cuestión en términos epistemológicos:

faith in literal language as the only adequate and appropriate tool for the objective characterization of reality has manifested itself in many ways [...] However, a different approach is possible - an approach in which any truly veridical epistemological access to reality is denied. The central idea of this approach is that cognition is the result of mental *construction*. (Ortony 1979, 1)

En el clásico de la filología castellana *Introducción a los estudios literarios*, publicado originalmente en 1947, Rafael Lapesa abarca los varios planos del fenómeno literario. En el capítulo V, dedicado a «El lenguaje figurado», distingue entre «lógica» y «expresividad», asumiendo la tradición que separa entre signo y significado, por un lado, y objetividad y subjetividad, por otro:

Mediante el lenguaje podemos enunciar juicios y razonamientos de una manera objetiva, sin manifestar en forma apreciable el acompañamiento de interés o emoción que hayan despertado en nosotros, ni denunciar ligazón alguna con las circunstancias. Este tipo de lenguaje es el ideal de la exposición científica, el lenguaje *lógico*. (Lapesa 1998, 37)

Se trata de la idea de que hay un lenguaje «lógico», separado del «lenguaje expresivo»: una distinción racional y necesaria, pero sin embargo artificiosa y quizá limitada. «Las palabras y giros convenientes desde el punto de vista lógico, son reemplazados por otros que experimentan un cambio accidental de significación, usándose en *sentido figurado*» (Lapesa 1998, 37). Lapesa no buscaba, seguramente, problematizar la metáfora o abundar en la componente (accesorio o estructural) de este fenómeno. Es, de hecho, lo propio en un manual de su naturaleza: definir y acotar lo máximo posible los conceptos básicos, aún a costa de imponer esquemas lógicos a fenómenos en los cuales confluyen otras modalidades de pensamiento además de la modalidad lógica.

Así, y tras definir lo literario por oposición al «lenguaje lógico», se nos ofrece la definición de las «principales especies de tropos, a las cuales pueden reducirse casi todas las demás» (Lapesa 1998, 42): la sinécdoque, la metonimia y la metáfora.

Como sinécdoque, tropo que «transmuta el sentido de palabras, cuyos conceptos guardan entre sí relación de mayor o menor extensión conceptual», se nos da, entre varios ejemplos según cada tipo de sinécdoque, «Francia» por «los franceses» o «el ejército francés» (Lapesa 1998, 37), sin observar que también son, estos dos últimos sintagmas, sinécdoques: pues nunca se refieren a la totalidad de los individuos franceses, ni siquiera a la totalidad de las partes del ejército francés.

Éste y los demás ejemplos que iluminan las explicaciones (1. todo por la parte; 2. objeto dado por el nombre de su materia; 3. lo concreto mediante lo abstracto; 4. lo plural por lo singular) son procedimientos lingüísticos de desplazamiento semántico que encontramos muy habitualmente en el «lenguaje lógico».

Lapesa, lógica o naturalmente en la misma sección, y tras la metonimia, incluye la metáfora, que «opera con relaciones de semejanza: descubierto por la imaginación un parecido entre dos entes o fenómenos, el término exigible en sentido directo es reemplazado por el otro» (1998, 43). Aunque se admite que la metáfora «abunda en el vocabulario y fraseología usuales», no se extrae de aquí una consecuencia 'lógica': si forma parte, con abundancia, del uso general de la lengua, será imposible que el lenguaje objetivo sea ajeno a los desplazamientos metafóricos. De hecho, es precisamente porque «la metáfora posee rápida y vigorosa plasticidad; mientras la comparación

mantiene frente a frente los dos términos relacionados, la metáfora los identifica, los funde en uno nuevo» (47).

Pero volvamos a una obra de referencia, que ya se ha citado en la anterior sección y que se centra en las literaturas anglosajonas, en previsión de la necesidad e importancia futuras del enfoque comparatista: la *Theory of Literature* de Wellek y Warren (1948). Nos centraremos ahora en el capítulo «Imagen, metáfora, símbolo, mito», incluido en la sección «El estudio intrínseco de la literatura». Su mismo título nos interesa porque relaciona conceptos - o más bien esferas conceptuales - que articularemos en nuestro análisis de la mimesis grotesca contemporánea:

Semánticamente, los cuatro términos se superponen; es manifiesto que apuntan a la misma zona de interés [...] representa la convergencia de dos rectas, ambas importantes para la historia de la poesía [...] Una es particularidad sensorial, o el *continuum* sensorial y estético que vincula la poesía con la música y con la pintura y la separa de la filosofía y de la ciencia; la otra es la referente a las figuras o tropos, al lenguaje indirecto, *oblicuo*, que se expresa en metonimias y metáforas, comparando parcialmente mundos [...] *differentiae* de la literatura por contraposición al lenguaje científico. (Wellek, Warren 1959, 221-2)

Aun manteniendo la idea, es cierto que parcialmente, de que la distinción entre el lenguaje científico y el literario se fundamentaría en la presencia de las figuras o tropos, sus autores problematizan la perspectiva escolástica o retórica tradicional que ceñía la metáfora al ámbito de lo decorativo o expresivo. Según éstos:

Es lícito acusar a los estudios literarios de antaño de haber tratado toda nuestra secuencia (imagen, metáfora, símbolo, mito) de un modo externo y superficial. Entendidos por lo común como elementos decorativos, como ornamentos retóricos, se estudiaban, por tanto, como partes separables de las obras en que aparecen. Nuestra concepción, en cambio, ve medularmente presentes en la metáfora y en el mito el sentido y función de la literatura. Existen actividades como el pensar metafórico y mítico, el pensar mediante metáforas, el pensar en narración o visión poética. (229-30)

A su vez, Ricoeur, en *La métaphore vive*, recorre varios modelos teóricos en los que se habían enmarcado los estudios sobre la metáfora:

le segment d'un unique itinéraire qui commence à la rhétorique classique, traverse la sémiotique et la sémantique, pour atteindre finalement l'herméneutique. La progression d'une discipline à

l'autre suit celle des entités linguistiques correspondantes: le mot, la phrase, puis le discours. (Ricœur 1975, 7)

En otras palabras: hoy en día somos conscientes de que el mecanismo metafórico no funciona solamente a nivel léxico, sino discursivo: que afecta no solamente a sintagmas más o menos aislables unos de otros, sino a maneras de articular conceptos, de razonar. Que la metáfora es mecanismo de pensamiento y, por lo tanto, de representación.

Volvamos a Max Black, quien destaca, en «More about Metaphor», las implicaciones estructurales de la metáfora, usando este término como forma abreviada de 'enunciados metafóricos, procesos isomórficos':

every metaphor may be said to mediate an analogy or structural correspondence [...] also, every metaphorical statement may be said to implicate a likeness-statement and a comparison-statement, each weaker than the original metaphorical statement. (Black 1979, 31)

Destáquese particularmente la atención que el autor dedica a la dimensión interactiva de la metáfora, a su efecto en el acto de la producción, antes que en el de la recepción y, en concreto, a sus motivaciones: «the state of mind of somebody who *affirms* a metaphorical statement. A good metaphor sometimes *impresses*, strikes or seizes its producer» (Black 1979, 32). Además, la metáfora establece correspondencias estructurales y contextuales: va más allá, o tendría el poder para hacerlo, más allá de la semántica.

Es lo que podemos inferir de la siguiente valoración de las posibilidades cognitivas de la metáfora:

Why stretch and twist, press and expand, concepts in this way - Why try to see *A* as metaphorically *B*, when it literally is not *B*? Well, because we *can* do so, conceptual boundaries not being rigid, but elastic and permeable; and because we often need to do so, the available literal resources of the language being insufficient to express our sense of the rich correspondances, interrelations, and analogies of domains conventionally separated; and because metaphorical thought and utterance sometimes embody insight expressible in no other fashion. (Black 1979, 34)

Implícitamente, aquí están las *correspondances* de Baudelaire. La idea de que las metáforas pueden ser herramientas de descubrimiento o iluminación de lo real, «the cognitive, informative, and ontologically illuminating aspects of strong metaphors» (Black 1979, 41) es muy importante, pues es este uno de los objetivos del grotesco esperpéntico.

La metáfora, por otra parte, no siempre es dinámica o fluida; de hecho, la metáfora se fosiliza, como nos dirá Le Guern, actualizando a Nietzsche, se vuelve convencional y pasa a ser sentido 'común'.

Jerrold M. Sadock, en «Figurative Speech and Linguistics», sigue otra línea. Este teórico del Departamento de Lingüística de la Universidad de Chicago opinaba que «the underlying principles governing metaphor are of a general psychological sort and thus not specifically linguistic» (Sadock 1979, 46). Se refiere, asimismo, a un anhelo o impulso analógico que activa en el ser humano procesos no necesariamente lingüísticos: «nonlinguistical instances of the same analogical urge that functions in the issuance and apprehension of metaphor». Probablemente, hay mecanismos analógicos para los cuales está equipado nuestro sistema cognitivo, y que condicionan una actividad comparativa constante: colores, formas, sonidos, sensaciones táctiles, sabores, olores (y que pueden denominarse actividad comparativa sinestésica). Sadock no deja, sin embargo, de señalar la importancia del lenguaje figurado en la comunicación verbal: «the indisputable fact that figurative language is one of the most productive sources in linguistic change» (1979, 48). Es esencial la distinción entre lenguaje figurado y lenguaje convencional, «the so-called literal meaning» (50) - para cuya literalidad, al fin y al cabo, no cuenta tanto la adecuación de un signo A' a un objeto A, sino su integración en la convención o costumbre. «It is clear that the underlying metaphor has been conventionalized, to a certain extent, in English and German, and I suspect that this is true in most other languages as well» (Sadock 1979, 50). Sadock se refiere al origen metafórico de parte del lenguaje, al cual se le atribuye, en general, literalidad, denotación, correspondencia o sentido directo hacia un referente determinado. En esta dirección se expresaba Le Guern, cuando hablaba de la metáfora «muerta»:

L'évolution historique d'une métaphore peut se schématiser ainsi: création individuelle, dans un fait de langage d'abord unique puis répété, elle est reprise par mimétisme dans un milieu précis et son emploi tend à devenir de plus en plus fréquent dans ce milieu ou dans un genre littéraire donné avant de se généraliser dans la langue; au fur et à mesure de ce processus, l'image s'atténue progressivement, devenant d'abord «image affective», puis «image morte», pour reprendre la terminologie de CHARLES BALLY. L'évolution atteint son degré ultime quand la métaphore est devenue le mot propre. A vrai dire, il ne s'agit là que d'un schéma théorique qui ne concerne qu'un très petit nombre de métaphores parmi toutes celles que crée le langage. Pourtant, ce processus joue un rôle considérable dans la création et l'évolution du vocabulaire, puisqu'une part importante des mots dont nous nous servons est constituée par l'ensemble des

apports successifs fournis par la lexicalisation des métaphores.
(Le Guern 1973, 82)

Otro estudio clásico sobre la metáfora, anterior a Le Guern, Ricoeur o incluso Max Black, es *The Meaning of Meaning*, de C.K. Ogden y I.A. Richards (1923-46). En él, sus autores concedían una atención especial, explorándola, a la dimensión metafórica del lenguaje: «as palavras, na fala ordinária, ganham ocasionais usos derivativos e supernumerários, através de transposições metafóricas de todos os graus de sutileza e por meio do que pode ser denominado acidentes linguísticos» (Ogden, Richards 1976, 140-1)

De hecho, no imaginamos el uso de palabras -ya sea en el habla cotidiana o en otros contextos, incluso en los más formales y específicos (y aquí se incluyen los textos científicos)- sin esos usos «derivativos e supernumerários» a los que se refieren estos autores. Como leemos en Ogden y Richards:

a metáfora, que é a simbolização primitiva da abstração, torna-se possível. A metáfora, em sua aceção mais genérica, é o uso de uma referência a um grupo de coisas entre as quais existe uma dada relação, com o propósito de facilitar a discriminação de uma relação análoga num outro grupo. Na compreensão da linguagem metafórica, uma referência toma parte do contexto de uma outra referência, numa forma abstrata. [...] De fato, o uso da metáfora envolve a mesma espécie de contextos que o pensamento abstrato, sendo o ponto importante que os membros só possuirão a característica pertinente em comum e que as características irrelevantes ou acidentais anular-se-ão mutuamente. Todo o uso de adjetivos, preposições, verbos, etc. depende desse princípio [...] Os aspectos metafóricos da maior parte da linguagem e a facilidade com que qualquer palavra pode ser metaforicamente usada também indicam, além disso, o grau em que as palavras [...] ganharam contextos através de outras palavras. (1976, 218-19)

Así, al desplazar y ampliar sentidos y contextos, se expanden infinitamente las representaciones expresadas por las palabras; a su vez, se superponen unas creaciones a otras, previas o simultáneas, y se genera una tupida red de representaciones, ficciones, de las que no se puede salir, pues incluso la deconstrucción de discursos se lleva a cabo discursivamente.

Por otro lado, la metaforicidad del lenguaje añade una dimensión sugestiva de primer orden. La metáfora es, por lo tanto, una función que agrega al lenguaje capacidad de influencia sobre el receptor o los receptores. Podemos, en este sentido, considerarla una herramienta cultural de acción de poder. Como afirman Ogden y Richards:

Os meios indirectos de excitação [...] através da própria metáfora - não usada, como na estrita simbolização, para realçar ou acentuar uma característica estrutural na referência mas, antes, para fornecer, muitas vezes a pretexto de elucidação, novas colocações súbitas e impressionantes das referências, para fins de obtenção de efeitos combinados de contraste, conflito, harmonia, interinimação e equilíbrio que podem ser assim alcançados ou usados, mais simplesmente, para modificar e ajustar o tom emocional; através da associação; através da reconstituição; e através de muitas e sutis ligações de situações mnêmicas, as palavras são capazes de exercer uma profunda influência, independentemente de qualquer concurso das paixões, necessidades, desejos ou circunstâncias particulares do ouvinte. Com a ajuda destes, então, como tem sido freqüentemente ilustrado na História, não há limite para o seu alcance evocativo. (1976, 242)

Otra obra de referencia, a partir de la cual se consolida la asociación de metáfora y posibilidades de existencia humana, esto es, la entrada de lleno en la dimensión cognitiva de la metáfora, es *Metaphors We Live by*, de Lakoff y Johnson, publicada originalmente en 1980 y reeditada en versión actualizada en 2003. Un estudio que prueba cómo «metonymic concepts structure not only our language but our thoughts, attitudes, and actions. And, like metaphoric concepts, metonymic concepts are grounded in our experience» (Lakoff, Johnson 2003, 39).

A lo largo y ancho de nada menos que veinte capítulos, sus autores analizan expresiones corrientes, cotidianas, del inglés contemporáneo: «as in the case of orientational metaphors, basic ontological metaphors are grounded by virtue of *systematic correlates within our experience*» (2003, 58). Nos interesa especialmente su distinción entre metáfora y metonimia:

In a *metaphor*, there are two domains: the target domain, which is constituted by the immediate subject matter, and the source domain, in which important metaphorical reasoning takes place and that provides the source concepts used in that reasoning. Metaphorical language has literal meaning in the source domain. In addition, a metaphorical mapping is multiple, that is, two or more elements are mapped to two or more other elements. Image-schema structure is preserved in the mapping - interiors or containers map to interiors, exteriors map to exteriors; sources of motion to sources, goals to goals, and so on. In a *metonymy*, there is only one domain: the immediate subject matter. There is only one mapping; typically the metonymic source maps to the metonymic target (the referent) so that one item in the domain can stand for the other. (Lakoff, Johnson 2003, 265)

Desde la observación del lenguaje *común*, con abundantes ejemplos de metaforización y metonimización como procesos de representación e interacción entre los sujetos y sus entornos, Lakoff y Johnson pasan, a partir del capítulo 21, «New Meaning», a considerar metáforas que «can give new meaning to our pasts, to our daily activity, and to what we know and believe» (2003, 265). Son las «metaphors that are outside our conventional conceptual system, metaphors that are imaginative and creative» (139). En otros términos, las metáforas vivas, las fosilizadas y las muertas y totemizadas.

En los siguientes capítulos se profundiza en ello y se prueba cómo «many of our experiences and activities are metaphorical in nature and [...] much of our conceptual system is structured by metaphor» (147). Desde las metáforas espaciales, hasta las que limitan, a modo de contenedores o cajones conceptuales («container metaphors», 29), desde las ontológicas hasta la misma coherencia entre unas y otras metáforas y metonimias, que se estructuran sistémicamente.

En el capítulo 12 («How is Our Conceptual System Grounded?»), afirmaban, interrogándose:

We claim that most of our normal conceptual system is metaphorically structured; that is, most concepts are partially understood in terms of other concepts. This raises an important question about the grounding of our conceptual system, Are there any concepts at all that are understood directly, without metaphor? If not, how can we understand anything at all? (2003, 56)

En otras palabras: ¿de qué conceptos podemos fiarnos, con qué ideas podemos operar para *conocer* sin enredarnos en metáforas que en vez de ayudar a aclarar, obscurezcan nuestros objetos de análisis, alejándolos de nuestra intelección? Vale la pena enumerar los capítulos que representan la tercera parte de este clásico, y que serán los que más nos interesarán cuando analicemos el modo de representación grotesco. En el capítulo 22, «The Creation of Similarity», se describen los procesos a través los cuales se establecen semejanzas y analogías conceptuales, ontológicas, estructurales y se crean «nuevas» metáforas. «Moreover, the metaphor, by virtue of giving coherent structure to a range of our experiences, *creates similarities of a new kind*» (151). Tal como las estructuras narrativas, la metáfora produce un efecto de congruencia y, por lo tanto, de realidad. En el 23, «Metaphor, Truth and Action», se concluye que «we draw inferences, set goals, make commitments, and execute plans, all on the basis of how we in part structure our experience, consciously and unconsciously, by means of metaphor» (158).

Un problema que plantean muy apropiadamente Lakoff y Johnson es el de oposición entre dos modelos de reflexión sobre el lenguaje, de los cuales pueden derivarse diversos enfoques o metodologías. Es lo

que formulan en «The Myths of Objectivism and Subjectivism», desmontando ambos sistemas o enfoques de la filosofía del conocimiento: «Objectivism and subjectivism need each other in order to exist» (189). De hecho, ya lo hemos visto a propósito de la teoría de la Gramática Universal (Chomsky).

Es éste un capítulo muy importante, que resume un cierto recorrido de la «tension between truth, on the one hand, and art, on the other, with art viewed as illusion and allied, via its link with poetry and theater, to the tradition of pervasive public oratory» (189).

Se pone en relieve la relación entre un concepto, el de verdad, que es lo que se busca –admítase o no su posibilidad efectiva– y dos modelos de indagación y de explicación (expresión) de esa misma... ‘Verdad’. La valoración extraordinariamente positiva, por parte de Dunstan Martin o de Ogden y Richardson de los mecanismos metafóricos y de la participación de estos en las actividades cognitivas, conectaban –señaladamente– con la contemporaneidad, incluso con la posmodernidad, con el romanticismo, el simbolismo y el expresionismo neoobjetivista o de la *Neue Sachlichkeit* (con la cual es estrechamente relacionable el grotesco esperpéntico, como se verá).

Valle-Inclán, tengámoslo en cuenta, busca siempre con sus esperpentos darnos perspectivas esenciales del mundo: lo grotesco vendría a ser como un disfraz con el que se busca expresar –aportar– una significación más veraz que la que nos daría el modo de representación realista o heroico (se adelanta esta idea para el próximo capítulo, enfocado especialmente en las poéticas de lo grotesco). Cabe relacionar esta reflexión con el significativo título de Lakoff y Johnson para esa sección de su obra: «Fear of Metaphor».

Es en el siguiente capítulo, el 26, «The Myth of Objectivism in Western Philosophy and Linguistics», Lakoff y Johnson se enfrentan a conceptos y teorías lingüísticas, con nombres ya mencionados como Roman Jakobson o Noam Chomsky, quienes «viewed language as having mental reality, with linguistic expressions as mentally real objects» (2003, 205). No entremos en tales disquisiciones, que se aproximan, en cierto modo, a la metafísica lingüística.

Los siguientes capítulos completan este diálogo crítico entre objetivismo, subjetivismo y experiencialismo, con «How Metaphor Reveals the Limitations of the Myth of Objectivism» (cap. 27), «Some Inadequacies of the Myth of Subjectivism» (cap. 28) y, finalmente, en los capítulos 29, «The Experientialist Alternative: Giving New Meaning to the Old Myths», y 30, «Understanding».

Dunstan Martin contraponía, como se ha visto antes, ‘un cierto’ Platón a un cierto Heisenberg. En el capítulo 5 de su *Language, Truth and Poetry* («Are Meanings Atomic?») afirma:

Russell and Wittgenstein’s early dream of a logical atomism can thus obtain no support from modern physics. But a further point

should be made here: it would not even be *useful* to arrive at a fully determined, fully 'logical' language: it would indeed be downright detrimental not only to the ordinary business of life, but to the practice of science itself. (Dunstan Martin 1975, 58-9)

El significado es, por lo tanto, un problema que puede perturbar la estabilidad de los sistemas de representación. Un problema por su complejidad, por su multidimensionalidad, como, más adelante, recuerda Dunstan Martin:

Therefore, simple solutions of the problem of meaning will not do. The structure of every concept is different from that of every other: its content varies from person to person; its extension and intension are both indeterminate; and indeterminacy is a necessary feature of language, to be welcomed moreover because it reflects both the outer world of facts and the inner world of thoughts. Any philosophical or linguistic doctrine which tends to conceal these facts is grossly misleading and betrays truth in the name of that delusive idol, certainty. (1975, 67)

La indeterminación del lenguaje no podrá eludirse, pues forma parte de su carácter más primordial, el reflejo del encuentro entre lo exterior -imposible de aprehender en sí mismo, tal como hemos visto- y un mundo interior, en gran medida ininteligible:

(1) the worldstuff is ultimately hazy. It cannot be analyzed beyond a certain point, and deterministic accounts of it are inexact. (2) Scientific thought has to be flexible and leave room for the unknown and the unexpected [...] (3) Thought processes themselves appear to share haziness and unanalyzability of quantum phenomena; and we cannot rule out the possibility that this may be because they are, in part, quantum phenomena. (4) Language shares this haziness. (66-7)

Por lo tanto, una vez que todo o casi todo el lenguaje es metafórico -optar por una u otra posibilidad dependerá de la teoría y de los estudios que lo apoyen- tampoco será pertinente la distinción (la distinción tajante, al menos) entre denotación y connotación, literalidad y figuración, sentido directo o sentido metafórico. El discurso y por lo tanto el pensamiento de las llamadas ciencias puras o exactas está, también, entreverado de metáforas o procesos metafóricos.

Una contribución relevante y amplia que deja muy clara esta dependencia de la ciencia con relación a la metáfora es *A metáfora na construção da ciência*, de Paula Contenças:

Em oposição à teoria da denominação e substituição de Aristóteles, a metáfora tem sido, nos últimos anos, enquadrada na teoria da interacção [...] Na metáfora não há um simples deslocamento de palavras, mas uma transferência de contextos, de esquemas, de quadros conceptuais, de categorias. Trata-se de dois pensamentos desnivelados, no sentido em que se descreve um sob os traços do outro [...] O que é básico na metáfora não é a imagem concreta que ela possa ou não produzir, mas o modo como altera o pensamento acerca de alguma coisa. (Contenças 1999, 48-9)

La autora destaca las posibilidades que la metáfora abre para el pensamiento científico creativo. Esta perspectiva nos interesa particularmente, pues se relaciona directamente con la segunda parte de este nuestro estudio, o sea, el modo de representación de lo grotesco esperpéntico y su alteración de paradigmas miméticos: descanonización de la mimesis oficial, de las poéticas del Poder. Más adelante, Contenças cita a Boaventura Sousa Santos:

Toda a forma de conhecimento humano tende a compreender ou explicar ideias ou fenómenos atribuindo-lhes propriedades que pertencem a um nível diferente e muitas vezes heterogéneo. Desempenhando a metáfora um papel na inovação e extensão do pensamento, é de admitir que ela tenha um lugar central no pensamento científico. Por isso, longe de constituir um entrave ao desenvolvimento científico, ela é uma das suas alavancas principais. (B.S. Santos 1989, en Contenças 1999, 154)

Como leemos en otro lugar de su ensayo, «actualmente são os próprios investigadores e pensadores da ciência que reconhecem a existência de metáforas na sua elaboração» (Contenças 1999, 80). De hecho, según la autora, «de uma concepção de ciência positivista, lógico-deductiva, com uma pretensão a uma linguagem ‘pura’, passou-se para uma perspectiva diferente, onde tem lugar a analogia e a metáfora, podendo falar-se de uma retórica da ciência» (39).¹⁸

Y es que podemos, además, hablar de una retórica o estilística de todo el lenguaje, en general. Como prueban Lakoff y Johnson en la obra que se ha visto en las páginas anteriores, no es difícil detectar en los usos cotidianos y no literarios de la lengua fenómenos como el de la sinonimia o la polisemia, que son el resultado de operaciones que definen la metáfora: el desplazamiento, la recontextualización, la transferencia semántica, la analogía de todos por partes y viceversa, las generalizaciones. La misma renovación del lenguaje.

¹⁸ A este respecto, muy interesante es también, de Olga Pombo ([2006] 2011), *Unidade da Ciência. Programas, Figuras e Metáforas*.

Nietzsche fue, si se permite el humilde vocablo, un verdadero precursor de esta consciencia respecto al lenguaje: de su función cognitiva, por un lado; ficcionalizante, por otro; y, finalmente, creadora. En su *Humano demasiado humano. Um Livro para os Espíritos livres* (1878-80), en traducción al portugués de Grifo Babo, escribiría que:

A importância da linguagem para o desenvolvimento da civilização reside no facto de nela o homem ter estabelecido um mundo próprio ao lado do outro, tratando-se de uma posição que ele considerava suficientemente sólida para, a partir dela, erguer o resto do mundo nos seus eixos e tornar-se o senhor deste mundo. Foi por haver acreditado, durante longo espaço de tempo, nas ideias e nos nomes das coisas como sendo *aeternae veritates*, que o homem adquiriu o orgulho com o qual se elevava acima dos animais: pensava deter realmente na linguagem o conhecimento do mundo. O criador de palavras não era suficientemente modesto para acreditar que se limitava a dar designações às coisas. Pelo contrário, imaginava exprimir pelas palavras a mais elevada ciência das coisas. Na verdade, a linguagem é o primeiro degrau do esforço que conduz à ciência. (Nietzsche 1973, 25-6)

El ser humano se apropria de las sensaciones, ordenándolas con mecanismos de ficcionalización. Superpone ficciones a ficciones, como animal simbólico que es. Asunto subsidiario al de la metáfora es el de la constitución de los símbolos, importante por la importancia de lo simbólico en la evolución de la humanidad como especie, individual y colectivamente. Pero no nos distraigamos con las distinciones entre símbolo, imagen y metáfora, ya que ello supondría un desvío engorroso respecto al camino trazado en estas páginas (aunque en otros ámbitos de estudio sea, con toda seguridad, necesario hacerlo). Sin embargo, puede asumirse, con Wellek y Warren, que: «¿Hay algún aspecto importante en que el *símbolo* difiera de la *imagen* y de la *metáfora*? Creemos que, primariamente, en la reiteración y persistencia del símbolo» (1959, 225). Y cabe añadir: en la función del símbolo en las estructuras de autoridad. Aunque, de hecho, cognitivamente, podría no ser esencial la diferencia entre los tres conceptos.

Carlos Bousoño, en el capítulo cuarto de su *Teoría de la expresión poética*, presenta la metáfora como «el procedimiento más estudiado entre todos los que constituyen el repertorio de que el poeta dispone». Así, lo enmarca en el estricto ámbito de la poesía, que sería: «la comunicación, establecida con meras palabras, de un *conocimiento* de muy especial índole: el conocimiento de un contenido psíquico tal como es: o sea, de un contenido psíquico como un todo particular, como *síntesis* única de lo conceptual-sensorial-afectivo» (1962, 18).

Al margen de lo intrincado de la expresión, esta teoría actualiza-ba la tradición teórica en torno a la expresión poética. En ella, Bousoño, quien lleva a cabo un sistemático esfuerzo por definir todos los conceptos con los que va a operar, integra reflexiones sobre la poesía, la comunicación, la psicología, la relación de la literatura con lo 'real', la importancia de la lectura como acto, la comicidad, el símbolo, los recursos semánticos y de estructura y las relaciones de la poesía con la cultura, o, en otras palabras, de la poesía como fenómeno cultural. Y, sobre todo, como expresión y experiencia de conocimiento. De esta obra, lo que más interesa, de momento, son algunas ideas sobre la metáfora:

la metáfora es -de eso no hay duda- el artificio más objetivamente discernible de cuantos nos revela la lectura rápida de unos versos [...] un amplísimo fenómeno, al que asignamos la denominación de metáfora. Su estructura resulta de entreverar o superponer dos planos A y B. Así, en la metáfora *cabello = oro* ('cabello como el oro'), el plano B «oro» se infiltra en el plano A «cabello». Más adelante hemos de ver que esta cualidad (la superposición) la comparte la imagen con otra familia de recursos (no tomados en atención por ninguna preceptiva, a mi juicio) que no son ya metáfora, pero que no hay más remedio que comprender como sus fraternales compañeros: serán las que nombraremos «superposiciones temporales», «espaciales», «significacionales» y «situacionales». Debemos, por eso, al menos, añadir un complemento a nuestra definición para separar a la imagen de sus coláteres: los elementos que en ella se juntan son dos objetos. (Bousoño 1962, 99-100)

Citando estas ideas, adelanto las reflexiones en torno a lo grotesco esperpéntico, pues es en la representación grotesca donde se dan hibridaciones y superposiciones que crean, a partir de varios objetos o realidades, otros objetos o realidades críticas respecto a los referentes metaforizados.

Escribe Le Guern que:

A relação entre o termo metafórico e o objecto que ele designa habitualmente foi destruída. Quando Pascal escreve: «Le noeud de notre condition prend ses replis et ses tours dans cet abîme» [*Pensées*, 131], a palavra «noeud» não designa un nó, as palavras «replis» e «tours» não designam pregas e voltas, a palavra «abîme» não designa um abismo. Se se quiser conduzir esta frase à informação lógica que ela veicula, obtém-se: «La complexité de notre condition a ses éléments constitutifs dans ce mystère». (1974, 34)

Puede deducirse de esta cita que la asociación de todas estas palabras construye (crea) una nueva idea, distinta de todas ellas. En

cierto sentido la nueva metáfora destruye o anula lo metaforizado. Tal como la metáfora grotesca rebaja lo metaforizado y, así, lo grotesco esperpéntico desencaja, descoloca y en cierto sentido redefine la metáfora canonizada.

Comentando a Max Black, y citando para ello a Shibles, Dunstan Martin escribe que:

In 'man is a wolf' 'man' is seen as the principal subject; 'wolf' the subsidiary subject. 'Wolf' has a system of associated commonplaces of true and false literal uses... These literal uses commit a person in a speech community to certain beliefs... To deny a commonplace is to create a metaphor., e.g. as in 'man is a wolf' The literal or implied assertions of 'wolf' are then made to fit 'man'. A new system of commonplaces for 'man' is then determined and organized on the basis of wolf commonplaces. Metaphor is regarded as a filter or screen of commonplaces. (Shibles 1971, 153, cit. por Dunstan Martin 1975 205-6)

Vemos, así, como el lenguaje condiciona las creencias, que lógicamente se fraguan y desarrollan en estructuras sociales, comunitarias, tribales. La metáfora surge, ahora, como el filtro selector de matices, acepciones, sentidos, de 'las' creencias. En última instancia, sería metafórica la formación de creencias y convenciones, que implican, en mayor o en menor medida, dogmatizaciones, tal como, en consecuencia, la constitución y consolidación de las identidades colectivas (comunitarias, tribales), cuyo sostén y vehículo, tan consciente como, sobre todo, inconsciente, es la lengua. El propio Black, en la obra a la que alude Dunstan y que ya se ha citado también aquí, *Models and Metaphors*, afirma:

To put the matter in another way: Literal uses of the word 'wolf' are governed by syntactical and semantical rules, violation of which produces nonsense or self-contradiction. In addition, I am suggesting, literal uses of the word normally commit the speaker to acceptance of a set of standard beliefs about wolves (current platitudes) that are the common possession of the members of some speech community. To deny any such piece of accepted commonplace (e.g., by saying that wolves are vegetarians - or early domesticated) is to produce an effect of paradox and provoke a demand for justification. (Black 1979, 40)

Ilusión de realidad basada en una perspectiva desde dos puntos de observación distintos, el estereoscopio del que nos hablaba Stanford, a quien se citaba en el epígrafe de esta sección, podría constituir el meollo de la comprensión de la complejidad de las imágenes construidas por este acercamiento de dos significados diferentes.

Dunstan Martin –aludiendo frecuentemente al *Meaning of Meaning* de Ogden y Richards, que también se ha integrado aquí– reflexiona muy acertadamente sobre los indefinibles límites entre la denotación y la connotación, con una preocupación análoga a la de Ricoeur:

We may think our conceptions correspond to the real facts, but we can never be certain because the latter are, as far as we are concerned, merely our conception of those facts. The best we can do is to establish as much coherence as we can between data and data, and between data and theory. (Dunstan Martin 1975, 73)

Señálese que es precisamente esta actitud la que considero como científica y a lo que me refiero al defender una actitud de permanente ética científica.

En una de sus afirmaciones, Dunstan sugería la autonomía del lenguaje respecto a lo que existe, tenga existencia material o no la tenga: «It is not therefore the *non-existence* of the referent *as such* which destroys meaning in a sentence» (75). Importante idea, que nos ayuda a entender la operatividad –influencia, acción en el mundo– de ciertas irrealidades o ficciones, como Dios o identidades colectivas, sean culturales, deportivas, nacionales u otras. Es posible, por otras palabras, presentar o aparentar coherencia semántica estableciendo una coherencia discursiva, textual; existan o no existan, sean plausibles o no sus referentes, esto es, ciertos conceptos. Así, es posible construir significación verbal con efecto de veracidad, de realidad, sin que, de hecho, se dé ningún tipo de correspondencia empírica entre dicho discurso y hechos factuales, concretos, objetivizables.

La metáfora ofrece, como mínimo, dos funciones esenciales para lo humano: por un lado, objetiva lo real, creando estructuras de significado estabilizables, naturalizables, dogmatizables, canonizables, blindadas por la costumbre de la categorización lógica; y, por otro lado, permite deconstruir y por lo tanto deficcionalizar, desmitificar. Dunstan Martin afirma:

It is a strange paradox that the process which enables us to assimilate new objects to previously established categories, so that we can call a salamander a salamander, and no longer see it in its full mysterious particularity, is the very same process which poetry employs in dislocating and breaking down such categories, such indifference to the individuality of the phenomena. (1975, 202)

Tanto la narrativa grotesca de Lobo Antunes como la novela esperpéntica de Valle-Inclán, destructoras y desmitificadoras de los poderes políticos y religiosos, son prosas enfáticamente literarias, en cuanto a su marcada estilización, y que se conectan –como se verá

más adelante con detalle- con tradiciones estilísticas y con poéticas entre las que se cuenta parte del manierismo-barroco, cierto ultrarromanticismo simbolista, algo de las vanguardias del siglo XX.

Ricoeur, reconociendo su deuda respecto a la obra de Max Black, *Models and Metaphors*, y a la relación de semejanza que éste establecía entre los discursos artísticos y los discursos científicos, con la metáfora como eje de comparación, afirma que ésta «se présente alors comme une stratégie de discours, qui, en préservant et développant la puissance créatrice du langage, préserve et développe le pouvoir *heuristique* déployé par la *fiction*» (1975, 11).

Se refuerza, así, la idea de que la literatura (*poiesis* y *techné*), con su potencia transmutadora de las palabras, de los discursos, con los cuales está tan interconectada la actividad cognitiva, posee la capacidad de abrir procesos de crisis de los paradigmas discursivos de una determinada época. Por ello, su influencia en todas las dimensiones de lo humano individual y colectivo es inequívoca. Según Earl R. Mac Cormac:

As language affects our behaviour, metaphors may also play a part in Biological evolution. By participating in these parallel but different types of evolution, metaphor can be included as an integral ingredient in what some like Donald T. Campbell have described as 'evolutionary epistemology'. (1985, 3)

Aldinhas Ferreira, en su tesis doctoral *On Meaning: The Phenomenon of Individuation and the Definition of a World View*, reflexiona sobre la construcción de visiones de la realidad, de realidades, incluso, de las representaciones compartidas por grupos humanos y la relación del individuo con tales contextos. Escribe esta investigadora que:

Constructed reality is populated not only by physical entities but also, and probably essentially, by what Searle (1995) calls social facts which are generated by human practices and attitudes. In fact most of our concepts are a consequence of well-defined social and cultural practices. Lakoff (1988) refers that terms like «Tuesday» and «associate professor» cannot get their meaning by reference to a reality external and independent of human minds. He points out that they are a product of human imaginative capacity and correspond to a mind-internal reality. Of course the distinction between a mind-external and a mind-internal reality must always be felt as rather artificial if not erroneous [...]. (2007, 80-1)

En última instancia: la representación, los significados fluidos, dinámicos, fosilizados o canonizados, forman parte de las relaciones sociales y, por lo tanto, son también una cuestión de poder, del cual, como se sabe, es la lengua un importante instrumento. Poder simbólico,

según Bourdieu, para quien la lengua es un sistema simbólico, tal como el arte o la religión, que por ello asume potencias estructurantes o, en expresión de tono nietzscheano, domesticadoras de lo real.

Bourdieu sigue una línea lingüística muy concreta. Según el pensador, se basa en la:

representação que Saussure, o fundador desta tradição, fornece da língua: sistema estruturado, a língua é fundamentalmente tratada como condição de inteligibilidade da palavra, como intermediário estruturado que se deve construir para se explicar a relação constante entre som e sentido. (2011, 9)

A partir de aquí, se define la noción de ‘poder simbólico’. Según Bourdieu, el «poder simbólico é um poder de construção da realidade que tende a estabelecer uma ordem *gnoseológica*: o sentido imediato do mundo» (Bourdieu 2011, 6). De ese sentido -de estos sentidos- dependen acciones, conductas, costumbres. Por ello, podemos afirmar que sin lugar a dudas se trata de un poder que, aunque contenga fundamentos contingentes, relativos e inestables, demuestra constantemente su plena operatividad. Como escribió Michel Foucault en *L'ordre du discours* ([1970] 1975, 12): «le discours n'est pas simplement ce qui traduit les luttes ou les systèmes de domination, mais ce pour quoi, ce par quoi on lutte, le pouvoir dont on cherche à s'emparer». En otro sentido, complementario, Aldinhas Ferreira subraya el papel de las interacciones sociales de los individuos de una comunidad y la presencia de sistemas semióticos -culturales- en el lenguaje, en todo lenguaje:

Reality is constituted by individual entities whose ontological status as objects is defined by the members of a community in the course of their individual and collective interactions. Distinct social and cultural semiotic systems arising from those interactions are objectified through language. [...] The same holds for concepts corresponding to entities that are a part of the cultural legacy of the whole community, concepts that sometimes integrate the individual linguistic repertoire already in early childhood. Nearly every child in Western societies has heard of Santa Claus; nearly every youngster recognises the names of Superman or Spiderman as those of heroes endowed with special powers. Though they haven't a physical existence, as being cultural products that owe their existence as entities to a collective imaginary capacity they live in the sphere of myth or fantasy, they are part of our world. (Aldinhas Ferreira 2007, 83)

En efecto, los individuos de nuestra especie animal se integran en el mundo, o mejor, *lo* integran, *lo* significan, principalmente, a partir

de sonidos musicales que durante los primeros meses de vida se van cargando de significación, fonemizándose. Sonidos hechos palabras, que a su vez se organizan en narraciones o mitos. Música fonemática materna, paterna, familiar, del entorno del bebé –conllevando valores, sanciones, rechazos, aceptaciones, colaboraciones, desbloqueos de necesidades vitales fisiológicas o psicológicas. Palabras que, al presentarse genéricamente como cuentos de hadas, o como relatos para niños, o en forma de dibujos animados, ofrecen o imponen modelos de significación sociocultural. Estos textos que nos *enseñan* el mundo siguen, invariablemente, los principios de las poéticas clásicas o tradicionales: causalidad de acciones, personajes en jerarquía, unidad de tiempos y espacios, verosimilitud o coherencia interna... Análogamente a lo que ocurre con las creencias religiosas, la cría humana desea blindar los elementos de esa narración: exige dogmatizar las acciones y los personajes. La princesa, rubia o no, es ‘como’ es. Sentido común. No son ocho, ni tres, los enanitos. ¡Siete deben serlo! No pueden ser *otra cosa*. No se admite la incertidumbre, la indeterminación que sabemos que es un factor objetivo de la combinación espacio-tiempo. Pero es así, literalmente, el lector infantil: a la fuerza será ingenuo. Su horizonte de expectativas no está preparado para la sofisticación de la parodia, de la burla irónica, baciyélmica, respecto a modelos narrativos cuya repetición, a modo de mantras, demanda el bebé: tiene, en mayor o menor medida, que dogmatizar sus relatos, sus mitos. Lo necesita, se trata de un imperativo del desarrollo de su aparato cognitivo en sus primeros años. Es innegable la importante función que tienen el dogma ontológico y la canonización conceptual para una especie, como lo es la humana, para cuyo desarrollo normal –y es éste un hecho biológico– se necesita el aprendizaje por repetición (práctica, práctica) e imitación.

Importa decir, a este propósito, una palabra sobre el aprendizaje por imitación. Además de los enfoques aportados por la Psicología –Skinner y Bruner, entre otros– ya bastante conocidos, interesa, en el ámbito de este estudio, la perspectiva evolutiva. En las últimas décadas se ha establecido y desarrollado un concepto muy pertinente para este ensayo: el concepto de ‘meme’. Richard Dawkins, en 1976, lo acuñó en *The Selfish Gene*:

This is the law that all life evolves by the differential survival of replicating entities. The gene, the DNA molecule, happens to be the replicating entity that prevails on our own planet. There may be others. If there are, provided certain other conditions are met, they will almost inevitably tend to become the basis for an evolutionary process. But do we have to go to distant worlds to find other kinds of replicator and other, consequent, kinds of evolution? I think that a new kind of replicator has recently emerged on this very planet. It is staring us in the face. It is still in its infancy,

still drifting clumsily about in its primeval soup, but already it is achieving evolutionary change at a rate that leaves the old gene panting far behind. The new soup is the soup of human culture. We need a name for the new replicator, a noun that conveys the idea of a unit of cultural transmission, or a unit of imitation. 'Mimeme' comes from a suitable Greek root, but I want a monosyllable that sounds a bit like 'gene'. I hope my classicist friends will forgive me if I abbreviate mimeme to meme. (2006, 191-2)

Para Dawkins, la transmisión cultural sigue patrones de comportamiento evolutivos, esto es, por mecanismos análogos a aquéllos que se comprueban en la genética, eje del modelo evolucionista. A través de los *memes*, entidades replicadoras responsables de dicha transmisión. Según el científico de Oxford:¹⁹

Cultural transmission is analogous to genetic transmission in that, although basically conservative, it can give rise to a form of evolution. [...] Language seems to 'evolve' by non-genetic means, and at a rate which is orders of magnitude faster than genetic evolution. Cultural transmission is not unique to man.

The best non-human example that I know has recently been described by P.F. Jenkins in the song of a bird called the saddle-back which lives on islands off New Zealand. (Dawkins 2006, 189)

Posteriormente, Susan Blackmore, en la senda de Dawkins, dedicó todo un libro a esta teoría. En *The Meme Machine*, explica que:

When I say 'imitation' I mean to include passing on information by using language, reading, and instruction, as well as other complex skills and behaviours. Imitation includes any kind of copying of ideas and behaviours from one person to another. So when you hear a story and pass on the gist to someone else, you have copied a meme. (Blackmore 2000, 43)

No es baladí insistir, como Nietzsche en el paso de *Humano, demasiado humano* citado algunas páginas antes, en la inevitabilidad de la metáfora para el conocimiento para las ciencias:

A importância da linguagem para o desenvolvimento da civilização reside no facto de nela o homem ter estabelecido um mundo

19 Quien dirige, además, la muy interesante Richard Dawkins Foundation for Reason and Science: «The mission of the Richard Dawkins Foundation is to promote scientific literacy and a secular worldview. Some might see this as two distinct missions: 1) Teaching the value of science, and 2) Advancing secularism» (<https://richarddawkins.net/aboutus/>).

próprio ao lado do outro, tratando-se de uma posição que ele considerava suficientemente sólida para, a partir dela, erguer o resto do mundo nos seus eixos e tornar-se o senhor deste mundo. (Nietzsche 1973, 25)

Pero no es menos importante, al menos desde una perspectiva evolutiva, redefinir los usos lingüísticos, provocar la duda, inducir en crisis, cambiar los paradigmas o, en expresión nietzscheana, transmutar valores. No sólo para el desarrollo o progreso científico y técnico, como para la búsqueda de formas sociales y costumbres, si no igualmente desarrolladas (concepto problemático), por lo menos ‘más amables’. Como escribió Dunstan Martin:

No defence is required for rejecting or redefining the usages of ordinary speech. The English language is not the exclusive repository of the world's wisdom, and I make no apology for not consulting my dictionary on this occasion, as so many modern philosophers do; for dictionaries are not compiled by the Spirit Albion, or even by the Spirit of the Ordinary Man. [...] Progress only comes about in one way: by redefining, by adding to and altering our previously unconsidered assumptions. (1975, 309)

Será ésta la acción de la *poiesis* grotesca, en una u otra materialización; desde la parodia hasta el grotesco esperpéntico: criticar, redefinir, alterar convicciones o discursos automatizados, mecanizados. También se necesita, para ser humano, poner en duda el canon, los dogmas, las representaciones heredadas sin reflexión: se trata de una cuestión (si se quiere, de un compromiso o imperativo) de especie.

Pues, además, y como escribió el Nietzsche de *Sobre verdad y mentira en sentido extramaral*:

Todo lo que eleva al hombre por encima del animal depende de esa capacidad de disolver una figura en un concepto. En el ámbito de esos esquemas es posible algo que jamás podría conseguirse bajo las primitivas impresiones intuitivas: construir un orden piramidal por castas y grados; instituir un mundo nuevo de leyes, privilegios, subordinaciones y delimitaciones, que ahora se contraponen al otro mundo de las primitivas impresiones intuitivas como lo más firme, lo más general, lo mejor conocido y lo más humano y, por tanto, como una instancia reguladora e imperativa. (2012, 29)

También hay que reconocer, por otro lado, que «el endurecimiento y la petrificación de una metáfora no garantizan para nada en absoluto la necesidad y la legitimación exclusiva de esta metáfora» (29). Según Nietzsche, la «petrificación», esto es, la fosilización de una metáfora, no puede servir para garantizar la obligatoriedad y la existencia

legítima de esa misma metáfora. Hay que aclarar que la «petrificación» o «fosilización» la entendemos desde varias perspectivas que la consideran una construcción que, debido a la repetición y consiguiente reconocimiento de su existencia, se acepta como algo legítimo y se la acepta desde un conjunto comunitario de individuos. Siguiendo con el Nietzsche de *Sobre verdad y mentira...*:

Ese impulso hacia la construcción de metáforas, ese impulso fundamental del hombre del que no se puede prescindir ni un solo instante, pues si así se hiciese se prescindiría del hombre mismo, no queda en verdad sujeto y apenas si domado por el hecho de que con sus evanescentes productos, los conceptos, resulta construido un nuevo mundo regular y rígido que le sirve de fortaleza. Busca un nuevo campo para su actividad y otro cauce y lo encuentra en el mito y, sobre todo, en el arte. Confunde sin cesar las rúbricas y las celdas de los conceptos introduciendo de esta manera nuevas extrapolaciones, metáforas y metonimias; continuamente muestra el afán de configurar el mundo existente del hombre despierto, haciéndolo tan abigarradamente irregular, tan inconsecuente, tan inconexo, tan encantador y eternamente nuevo, como lo es el mundo de los sueños. (2012, 34)

La cuestión es que «ese impulso hacia la construcción de metáforas, ese impulso fundamental del hombre del que no se puede prescindir ni un solo instante» (34) no se trata sólo de un impulso esporádico, sino de una necesidad constante para pueda llegar a desplegarse la vida del humano, animal que conoce, que necesita conocer para ser, algo para nada exclusivo del *homo sapiens*. Aldinhas Ferreira destaca la imposibilidad de evitar las metáforas:

Explanations without metaphor would be difficult if not impossible, for in order to describe the unknow, we must resort to concepts that we know and understand, and that is the essence of a metaphor – an unusual juxtaposition of the familiar and the unfamiliar. (2007, 9)

Pero, entonces, ¿es posible un lenguaje no metafórico, exclusivamente *literal* o no figurado, tanto en las acciones lingüísticas íntimas o familiares como en las actividades científicas?

Lakoff y Johnson, en el «Afterword» añadido a la edición de 2003, resumen las ideas clave que, en cierto sentido, podemos tomar como respuesta a esa pregunta:

Abstract thought is largely, though not entirely, metaphorical. Metaphorical thought is unavoidable, ubiquitous, and mostly unconscious.

Abstract concepts have a literal core but are extended by metaphors, often by many mutually inconsistent metaphors.

Abstract concepts are not complete without metaphors. For example, love is not love without metaphors of magic, attraction, madness, union, nurturance, and so on.

Our conceptual systems are not consistent overall, since the metaphors used to reason about concepts may be inconsistent.

We live our lives on the basis of inferences we derive via metaphor. (2003, 272-3)

Esta teoría de la metáfora que abarca todas las dimensiones cognitivas del ser humano no habría tenido, según sus autores, la extensión o penetración apropiada, porque es:

inconsistent with assumptions that many people in the academic world and elsewhere first learned and that shaped agendas they still pursue [...] If conceptual metaphors are real, then all literalist and objectivist views of meaning and knowledge are false. We can no longer pretend to build an account of concepts and knowledge on objective, literal foundations. (273)

Y, lógicamente, las implicaciones políticas de este desvelamiento de la estructura metafórica de doctrinas, cuerpos legales, creencias ideológicas, con sus códigos ético-morales de valores y conductas, posibilidades e imposibilidades, no resultan amables para figuras y sectores sociales hegemónicos, que son, al fin y al cabo, quienes tienen la potestad de la financiación de las ciencias sociales y humanas, así como de las demás ciencias. Oímos hartos frecuentemente a tribunos *-líderes-* cuyas palabras difunden y extienden los medios de masas y que manejan sistemáticamente expresiones como «el sentido común» o «las cosas son como son», «la verdad es muy simple», «a las cosas hay que llamarlas por su nombre», «la verdad es la verdad, la diga Agamemnon o su porquero», «al pan, pan y al vino, vino» y demás sanhopanzadas repetidas cotidianamente (y que nos disculpe el pobre escudero campesino de La Mancha).

A pesar de lo cual Lakoff y Johnson, en «Applications of Metaphor Theory» (2003, 267-72), insisten en demostrar (con éxito irrefutable) la extraordinaria y amplia presencia de la metáfora en varios discursos científicos, académicos, institucionales (a los cuales, con todo, se les atribuye, sin embargo, el supuesto doble atributo de la objetividad y de la literalidad, con los que funcionan inconscientemente como vehículos de una ficticia neutralidad ideológica): los estudios literarios; la política, las leyes y los asuntos sociales; la psicología; las matemáticas; la lingüística cognitiva; la filosofía. La metáfora y la tendencia a ensamblar y desarrollar sistemas de ideas estructurados por narrativas, o relatos *-mitos-* y que resultarían, en un análisis

riguroso, inconsistentes. Al menos si les aplicáramos implacablemente la lógica de la que se revisten para apropiarse del prestigio de la coherencia. Pero es así como se nos aparecen. Y así es como la historiografía de masas ficcionaliza, narrativizando, fingiendo (*fingo, fingere*) objetividades, equidistancia, neutralidad.

Sobre esta amplitud del pensamiento metafórico y mítico, Mac Cormac se extiende con las siguientes palabras:

I devoted a chapter in *Metaphor and Myth in Science and Religion* to the relationship between metaphor and myth, arguing that all myths arise from metaphors (usually basic metaphors). I claimed that by forgetting that theories presuppose basic metaphors and thereby by taking theories literally, both scientists and theologians create myths. Only by recovering the metaphorical and hypothetical status of the theory could one avoid myth making. (1985, 229)

Volviendo al *incipit* de nuestra disertación: al preguntarnos sobre el sentido o los sentidos de procurar desmetaforizar el lenguaje en las ciencias sociales y humanas, o de descanonizar la metáfora, aunque para ello haya que remetaforizar o reanonizar, leemos en el estudio de Dunstan Martin:

Is there an ethics of metaphor specifying how metaphor should be used? Is metaphor so distinctive a cognitive process as to warrant its own normative ethical theory? [...] When a poet suggests a possible new conception, we usually know that this metaphor is a speculative possibility and not an actuality because it is poetry. But when a scientist suggests a possibility, do we have the same awareness of the status of the metaphor? Or when politicians create metaphors, do they have the responsibility of using epiphors [expresión] rather than diaphors [sugestión]? (1975, 230)

Recordamos, por su interés en este punto, las palabras ya citadas del autor del *Götterdämmerung* y de *La gaya ciencia*: «el endurecimiento y la petrificación de una metáfora no garantizan para nada en absoluto la necesidad y la legitimación exclusiva de esta metáfora» (Nietzsche 2012, 29). Sin embargo, como leemos en *Tirano Banderas*, «La plebe de todas partes se alucina con metáforas» (Valle-Inclán 2007, 65). Es por ello por lo que es la metáfora –y los símbolos, y los mitos– una herramienta de control, de manipulación comunitaria del individuo de primer orden. Para ello, la institucionalidad social canoniza la metáfora y su narratividad, dogmatizándola y blindándola.

El humor tiene el poder de desencajar metáforas en torno a las cuales se articulan conceptos e ideologías. La potencia de deconstruir y de descolocar el dogma. Tal como permite desplegar una desconfianza escéptica, librepensadora (en oposición a la ingenuidad crédula y

gregaria), y componer una contrarrepresentación de las metáforas dogmatizadas, del símbolo petrificado, de los mitos oficiales que se expanden y fijan a través de mimesis canonizadas.

Tenemos, así, los razonamientos necesarios para nuestro argumentario, que fundamenta todo proceso de representación lingüístico en mediaciones de tipo metafórico, y las representaciones en las creencias (sistemas de valores comunitarios e individuales). Éstas se consolidarían y conservarían –desde un enfoque biológico– gracias, entre otros factores, a la importante función del dogma: canonizar la metáfora naturaliza la contingencia de las representaciones simbólicas. Estas representaciones simbólicas son las de las doctrinas religiosas o guerreras, en armonía narrativa en los mitos, los modelos comunitarios, los sistemas ideológicos y estéticos (las poéticas).

La necesidad, para toda vida humana, de representarse lo real, que es en sí inaccesible, se realiza en primera instancia mediante el lenguaje. Éste es fundamentalmente metafórico y productor de metáforas: toda representación lingüística es metafórica, pues todo lenguaje metaforiza.

En su texto sobre «La ficción de la justicia», con el que contribuye a la edición española de la *Bentham's Theory of Fictions* (1843), y a propósito de Vaihinger, Manuel González Piñeiro señala que:

Vaihinger (1935) propone un repertorio de ficciones científicas, legales, monetarias, políticas, estéticas, geográficas y psicológicas que utilizamos para darle contenido a nuestras vidas. Para Vaihinger todo aquello que no es experiencia desnuda y pura es ficción. El hombre no puede quedar satisfecho de la sola sensación bruta y por eso se crea ciertas ficciones, como la libertad o la inmortalidad, útiles en la experiencia del mundo. Consciente o inconsciente, lo ficticio ofrece la ilusión de satisfacer las exigencias más profundas del hombre. En consecuencia, se actúa como si las ficciones fueran realidad. Por tanto, no sólo cuentan las ficciones creadas por la cultura científica. También valen las creadas por la religión, la moral y la Economía, como útiles y valiosas, sin las cuales el pensamiento, la sensibilidad y la acción se disolverían. *Conforme se acentúe su carácter consciente, las ficciones permiten el reconocimiento de realidades no ficcionales y considera que ciertos conceptos (los que designan valores) son ficciones hechas por una proyección de la conciencia.* No se trata de ilusiones ni de alucinaciones. Las ficciones regulan tanto al psiquismo como a la vida moral y social. El ficcionalismo de Vaihinger y las entidades ficticias de Bentham nos hablan de una realidad creada por el pensamiento. (González Piñeiro en Bentham 2005, 30; cursivas añadidas)

Al fin y al cabo, la confluencia de textos, reflexiones y argumentos que se ha propiciado aquí, desde las ciencias lingüísticas, la filosofía

del conocimiento, la neurociencia, la biología evolutiva, la sociología, la antropología, indican el papel central de metáfora y ficción en la propia constitución de lo real humano. Como escribe Bentham, en el segundo capítulo de su obra, cuyo título indica su enorme interés para este estudio, «Las ficciones psicológicas»:

Es lamentable, por muy indispensable y necesario que sea, que para hablar de las entidades ficticias no haya otra forma que hablar de ellas como si fuesen entidades reales. Esta falsedad inocente, al ser articulada universalmente, y al permanecer universalmente sin ser refutada, es considerada ampliamente como verdadera. Con cada *nombre* que se utiliza, una entidad está asociada tanto en la mente de los oyentes como en la de los hablantes; y esa entidad, aunque en la mitad de todos los casos es ficticia, es en todos los casos susceptible de ser considerada como una entidad real. Hablar de un objeto por su nombre, su nombre conocido universalmente, es atribuirle existencia; a partir de ahí, en una cantidad nada despreciable, se produce el error, el malentendido, la oscuridad, la ambigüedad, la confusión, la duda, el desacuerdo, las pasiones coléricas, la discordia y la hostilidad. Hay más de un individuo que no soportaría oír tranquilamente cómo se refuta la realidad de aquellos objetos de los que está acostumbrado a hablar como *sus derechos*. [...] Se ha considerado la afirmación como una prueba, y cuanto más enérgicas y más numerosas sean las palabras utilizadas, más completa y conclusiva será considerada la prueba. (2005, 108)

Y, sin embargo, como escribe González Piñeiro, en una reflexión que nos sirve para alinear a Nietzsche con Valle-Inclán y para defender un relativismo que, sin dejar de deconstruir, siga afirmando la utilidad de ciertos valores, más allá de su carácter relativo o contingente: «En todo caso, se debe afirmar que no todas las ficciones valen lo mismo, que el valor de una ficción se mide por los efectos críticos que es capaz de producir, por las mentiras oficiales que es capaz de desplazar» (2005, 31).

La representación grotesca, como hemos dicho ya varias veces, juega a desencajar, a extrañar, a alienar de sí estas metáforas fosilizadas (en el sentido nietzschiano, complementado por el leguerriano): con ello, puede lograr, a través del humor, de la irrisión, una acción descanonizadora. Descanonizando la metáfora, desplazando mediante lo grotesco los sentidos consensuales o consensuados. Fue lo que hizo en los años veinte un Valle-Inclán que pasaba del modernismo decadentista de 1900 al enérgico gesto expresionista de la década de Entreguerras, y enlazando los sucesivos desastres de varias guerras civiles (carlistas), coloniales (ultramar, el Rif), y, sobre todo, de la Primera Guerra Mundial (*La media noche. Visión estelar de un*

momento de guerra, 1917).²⁰ Con el programa estético de representación grotesca que bautizó como ‘esperpento’, Valle procedería a su descanonización personal de la mimesis manejada por los discursos de los poderes oficiales. Algo que, a su manera, con un carácter análogamente grotesco, esperpéntico y nihilista, logrará también António Lobo Antunes, descanonizando las metáforas y la mimesis identitaria oficial portuguesa, de un cierto Portugal, en su novela grotesca, esperpéntica, *As Naus*.

20 Traducido al portugués por Pedro Ventura, y publicado en 2018 por Assírio & Alvim (Lisboa). Según el traductor, este texto fue «durante muito tempo relegado dentro da sua obra e mal estudado, mas de grande valor literário [...] uma visão total e inovadora da guerra numa narrativa radicalmente moderna, que representa por sua vez um ponto de inflexão na sua trajetória, situando-o na senda da renovação dos géneros literários no século XX» (Ventura 2018, 7-8).

